COLECCION DIAMANTE



Obras menores de Cervantes

Antonio López, editor
BARCELONA

COLECCIÓN DIAMANTE

95

OBRAS MENORES

DE

CERVANTES

Volumen II

VIAJE AL PARNASO

VIAJE

AL

PARNASO

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA



BARCELONA

ANTONIO LÓPEZ, EDITOR, LIBRERÍA ESPAÑOLA

RAMBLA DEL CENTRO, NÚM. 20

Imprenta La Campana y La Esquella, Olmo, 8.

DEDICATORIA

dirigida á D. Rodrigo de Tapia, caballero del hábito de Santiago, hijo del señor D. Pedro de Tapia, oidor del Consejo Real, y consultor del Santo Oficio de la Inquisición Suprema.

Dirijo á vuesa merced este *Viaje* que hice *al Parnaso,* que no desdice á su edad florida, ni á sus loables y estudiosos ejercicios. Si vuesa merced le hace el acogimiento que yo espero de su condición ilustre, él quedará famoso en el mundo, y mis deseos premiados. Nuestro Señor, etc.

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA

PRÓLOGO

Si por ventura, lector curioso, eres poeta, y llegare á tus manos (aunque pecadoras) este *Viaje;* si te hallares en él escrito y notado entre los buenos poetas, da gracias á Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares, también se las puedes dar. Y Dios te guarde.

D. AUGUSTINI DE CASANATE ROSAS.

EPIGRAMMA.

Excute cæruleum, proles Saturnia, tergum,
Verbera quadrigæ sentiat alma Tethys.
Agmen Apollineum, nova sacri injuria ponti,
Carmineis ratibus per freta tendit iter.
Proteus æquoreas pecudes, modulamina Triton,
Monstra cavos latices obstupefacta sinunt.
At caveas tantæ torquent quæ mollis habenas,
Carmina si excipias nulla tridentis opes.
Hesperiis Michaël claros conduxit ab oris
In pelagus vates. Delphica castra petit.
Imò age, pone metus, mediis subsiste carinis,
Parnassi in litus vela secunda gere.

NOTA.—En algunos ejemplares de la *edición príncipe* (Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1614), después de este epigrama se lee un soneto «*del autor á su pluma.*»

CAPÍTULO PRIMERO

Un quidam caporal italíano,
De patria perusino, á lo que entiendo,
De ingenio griego, y de valor romano,
Llevado de un capricho reverendo,
Le vino en voluntad de ir al Parnaso,
Por huir de la corte el vario estruendo.
Solo y á pié partióse, y paso á paso
Llegó donde compró una mula antigua,
De color parda y tartamudo paso:
Nunca á medroso pareció estantigua
Mayor, ni ménos buena para carga,
Grande en los huesos, y en la fuerza exigua,
Corta de vista, aunque de cola larga,
Estrecha en los ijares, y en el cuero
Mas dura que lo son los de una adarga.
Era de ingenio cabalmente entero,
Caía en cualquier cosa fácilmente
Así en abril, como en el mes de enero.
En fin, sobre ella el poetón valiente
Llegó al Parnaso, y fué del rubio Apolo
Agasajado con serena frente.

Contó, cuando volvió el poeta solo
Y sin blanca á su patria, lo que en vuelo
Llevó la fama deste al otro polo.
Yo, que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia, que no quiso darme el cielo,
Quisiera despachar á la estafeta
Mi alma, ó por los aires, y ponella
Sobre las cumbres del nombrado Oeta.
Pues descubriendo desde allí la bella
Corriente de Aganipe, en un saltico
Pudiera el labio remojar en ella.
Y quedar del licor süave y rico
El pancho lleno, y ser de allí adelante
Poeta ilustre, ó al ménos manifico.
Mas mil inconvenientes al instante
Se me ofrecieron, y quedó el deseo
En cierne, desvalido é ignorante.
Porque en la piedra que en mis hombros veo,
Que la fortuna me cargó pesada,
Mis mal logradas esperanzas leo.
Las muchas leguas de la gran jornada
Se me representaron que pudieran
Torcer la voluntad aficionada,
Si en aquel mismo instante no acudieran
Los humos de la fama á socorrerme,
Y corto y fácil el camino hicieran.
Dije entre mí: Si yo viniese á verme

En la difícil cumbre deste monte,
Y una guirnalda de laurel ponerme,
  No envidiaria el bien decir de Aponte,
Ni del muerto Galarza la agudeza,
En manos blando, en lengua Radamonte.
  Mas como de un error siempre se empieza,
Creyendo á mi deseo, dí al camino
Los piés, porque dí al viento la cabeza.
  En fin, sobre las ancas del destino,
Llevando á la elección puesta en la silla,
Hacer el gran viaje determino.
  Si esta cabalgadura maravilla,
Sepa el que no lo sabe, que se usa
Por todo el mundo, no sólo en Castilla.
  Ninguno tiene, ó puede dar excusa
De no oprimir desta gran bestia el lomo,
Ni mortal caminante lo rehusa.
  Suele tal vez ser tan lijera, como
Va por el aire el águila ó saeta,
Y tal vez anda con los piés de plomo.
  Pero para la carga de un poeta,
Siempre lijera, cualquier bestia puede
Llevarla, pues carece de maleta.
  Que es caso ya infalible, que aunque herede
Riquezas un Poeta, en poder suyo
No aumentarlas, perderlas le sucede.
  Desta verdad ser la ocasion arguyo,
Que tú, oh gran padre Apolo, les infundes

En sus intentos el intento tuyo.
Y como no le mezclas ni confundes
En cosas de agibílibus rateras,
Ni en el mar de ganancia vil le hundes;
Ellos, ó traten burlas ó sean veras,
Sin aspirar á la ganancia en cosas,
Sobre el convexo van de las esferas,
Pintando en la palestra rigurosa
Las acciones de Marte, ó entre las flores
Las de Vénus mas blanda y amorosa.
Llorando guerras ó cantando amores,
La vida como en sueño se les pasa,
O como suele el tiempo á jugadores.
Son hechos los poetas de una masa
Dulce, süave, correosa y tierna,
Y amiga del holgar de ajena casa.
El poeta mas cuerdo se gobierna
Por su antojo baldío y regalado,
De trazas lleno, y de ignorancia eterna.
Absorto en sus quimeras, y admirado
De sus mismas acciones, no procura
Llegar á rico, como á honroso estado.
Vayan pues los leyentes con letura,
Cual dice el vulgo mal limado y bronco,
Que yo soy un poeta desta hechura:
Cisne en las canas, y en la voz un ronco
Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbastar de mi ingenio el duro tronco:

Y que en la cumbre de la varia rueda
Jamás me pude ver sólo un momento,
Pues cuando subir quiero, se está queda.
Pero por ver si un alto pensamiento
Se puede prometer feliz suceso,
Seguí el viaje á paso tardo y lento.
Un candeal con ocho mis de queso
Fué en mis alforjas mi repostería,
Util al que camina, y leve peso.
—Adios, dije á la humilde choza mía,
Adios, Madrid, adios tu Prado, y fuentes
Que manan néctar, llueven ambrosía.
Adios, conversaciones suficientes
A entretener un pecho cuidadoso,
Y á dos mil desvalidos pretendientes.
Adios, sitio agradable y mentiroso,
Do fueron dos gigantes abrasados
Con el rayo de Júpiter fogoso.
Adios, teatros públicos, honrados
Por la ignorancia que ensalzada veo
En cien mil disparates recitados.
Adios, de San Felipe el gran paseo,
Donde si baja ó sube el turco galgo
Como en gaceta de Venecia leo.
Adios, hambre sotil de algun hidalgo,
Que por no verme ante tus puertas muerto,
Hoy de mi patria y de mí mismo salgo.—
Con esto poco á poco llegué al puerto,

A quien los de Cartago dieron nombre,
Cerrado á todos vientos y encubierto.
A cuyo claro y singular renombre
Se postran cuantos puertos el mar baña,
Descubre el sol, y ha navegado el hombre.
Arrojóse mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trujo á mi memoria
Del heróico Don Juan la heróica hazaña,
Donde con alta de soldados gloria,
Y con propio valor y airado pecho
Tuve, aunque humilde, parte en la vitoria.
Allí con rabia y con mortal despecho
El otomano orgullo vió su brío
Hollado y reducido á pobre estrecho.
Lleno pues de esperanzas, y vacío
De temor, busqué luego una fragata
Que efetüase el alto intento mío.
Cuando por la, aunque azul, líquida plata
Vi venir un bajel á vela y remo,
Que tomar tierra en el gran puerto trata,
Del más gallardo, y más vistoso extremo
De cuantos las espaldas de Neptuno
Oprimieron jamás, ni más supremo.
Cual éste, nunca vió bajel alguno
El mar, ni pudo verse en el armada,
Que destruyó la vengativa Juno.
No fué del bellocino á la jornada
Argos tan bien compuesta y tan pomposa

Ni de tantas riquezas adornada.
  Cuando entraba en el puerto, la hermosa
Aurora por las puertas del oriente,
Salia en trenza blanda y amorosa;
  Oyóse un estampido de repente,
Haciendo salva la real galera,
Que despertó y alborotó la gente.
  El son de los clarines la ribera
Llenaba de dulcísima armonía,
Y el de la chusma alegre y placentera.
  Entrábanse las horas por el día,
A cuya luz con distinción mas clara
Se vió del gran bajel la bizarría.
  Áncoras echa, y en el puerto pára,
Y arroja un ancho esquife al mar tranquilo
Con música, con grita y algazara.
  Usan los marineros de su estilo,
Cubren la popa con tapetes tales
Que es oro y sirgo de su trama el hilo.
  Tocan de la ribera los umbrales,
Sale del rico esquife un caballero
En hombros de otros cuatro principales.
  En cuyo traje y ademan severo
Vi de Mercurio al vivo la figura,
De los fingidos dioses mensajero.
  En el gallardo talle y compostura,
En los alados piés, y el caduceo,
Símbolo de prudencia y de cordura.

Digo, que al mismo paraninfo veo,
Que trujo mentirosas embajadas,
A la tierra del alto coliseo.
Vile, y apenas puso las aladas
Plantas en las arenas venturosas
Por verse de divinos piés tocadas;
Cuando yo revolviendo cien mil cosas
En la imaginación, llegué á postrarme
Ante las plantas por adorno hermosas.
Mandóme el dios parlero luego alzarme,
Y con medidos versos y sonantes,
Desta manera comenzó á hablarme:
—¡Oh Adan de los poetas, oh Cervantes!
¿Qué alforjas y qué traje es este, amigo,
Que así muestra discursos ignorantes?—
Yo, respondiendo á su demanda, digo:
—Señor, voy al Parnaso, y como pobre
Con este aliño mi jornada sigo.—
Y él á mí dijo: ¡Sobrehumano, y sobre
Espíritu cilenio levantado!
Toda abundancia y todo honor te sobre.
Que en fin has respondido á ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra.
Y sé que aquel instinto sobrehumano

Que de raro inventor tu pecho encierra,
No te le ha dado el padre Apolo en vano.
  Tus obras los rincones de la tierra,
Llevándolas en grupa Rocinante,
Descubren, y á la envidia mueven guerra.
  Pasa, raro inventor, pasa adelante
Con tu sotil disinio, y presta ayuda
Á Apolo, que la tuya es importante,
  Antes que el escuadrón vulgar acuda
De más de veinte mil sietemesinos
Poetas, que de serlo están en duda.
  Llenas van ya las sendas y caminos
Desta canalla inútil contra el monte,
Que áun de estar á su sombra no son dinos.
  Ármate de tus versos luego, y ponte
Á punto de seguir este viaje
Conmigo, y á la gran obra disponte.
  Conmigo segurísimo pasaje
Tendrás, sin que te empaches, ni procures
Lo que suelen llamar matalotaje.
  Y porque esta verdad que digo, apures,
Entra conmigo en mi galera, y mira
Cosas con que te asombres y asegures.—
  Yo, aunque pensé que todo era mentira,
Entré con él en la galera hermosa,
Y ví lo que pensar en ello admira.
  De la quilla á la gavia, ¡oh extraña cosa!
Toda de versos era fabricada,

Sin que se entremetiese alguna prosa.
  Las ballesteras eran de ensalada
De glosas, todas hechas á la boda
De la que se llamó Malmaridada.
  Era la chusma de romances toda,
Gente atrevida, empero necesaria,
Pues á todas acciones se acomoda.
  La popa de materia extraordinaria,
Bastarda, y de legítimos sonetos,
De labor peregrina en todo, y varia.
  Eran dos valentísimos tercetos
Los espaldares de la izquierda y diestra,
Para dar boga larga muy perfetos.
  Hecha ser la crujía se me muestra
De una luenga y tristísima elegía,
Que no en cantar, sino en llorar es diestra.
  Por esta entiendo yo que se diría
Lo que suele decirse á un desdichado,
Cuando lo pasa mal, pasó crujía.
  El árbol hasta el cielo levantado
De una dura canción prolija estaba
De canto de seis dedos embreado.
  Él, y la entena que por él cruzaba,
De duros estrambotes, la madera
De que eran hechos claro se mostraba.
  La racamenta, que es siempre parlera,
Toda la componían redondillas,
Con que ella se mostraba más lijera.

Las jarcias parecían seguidillas
De disparates mil y más compuestas,
Que suelen en el alma hacer cosquillas,
Las rumbadas, fortísimas y honestas
Estancias, eran tablas poderosas,
Que llevan un poema y otro á cuestas.
Era cosa de ver las bulliciosas
Banderillas que al aire tremolaban,
De varias rimas algo licenciosas.
Los grumetes, que aquí y allí cruzaban,
De encadenados versos parecían,
Puesto que como libres trabajaban,
Todas las obras muertas componían
O versos sueltos, ó sextinas graves,
Que la galera más gallarda hacían.
En fin, con modos blandos y süaves,
Viendo Mercurio que yo visto había
El bajel, que es razon, letor, que alabes,
Junto á sí me sentó, y su voz envía
A mis oídos en razones claras,
Y llenas de suavísima armonía,
Diciendo: —Entre las cosas que son raras
Y nuevas en el mundo y peregrinas,
Verás, si en ello adviertes y reparas,
Que es una este bajel de las mas dinas
De admiración, que llegue á ser espanto
A naciones remotas y vecinas.
No le formaron máquinas de encanto,

Sino el ingenio del divino Apolo,
Que puede, quiere y llega y sube á tanto.
  Formóle, ¡oh nuevo caso! para sólo
Que yo llevase en él cuantos poetas
Hay desde el claro Tajo hasta el Pactolo.
  De Malta el gran maestre, á quien secretas
Espías dan aviso que en Oriente
Se aperciben las bárbaras saetas,
  Teme, y envía á convocar la gente
Que sella con la blanca cruz el pecho,
Porque en su fuerza su valor se aumente.
  A cuya imitación Apolo ha hecho
Que los famosos vates al Parnaso
Acudan, que está puesto en duro estrecho.
  Yo, condolido del doliente caso,
En el lijero casco, ya instruido
De lo que he de hacer, aguijo el paso.
  De Italia las riberas he barrido,
He visto las de Francia y no tocado,
Por venir sólo á España dirigido.
  Aquí con dulce y con felice agrado
Hará fin mi camino, á lo que creo,
Y seré fácilmente despachado.
  Tú, aunque en tus canas tu pereza veo,
Serás el paraninfo de mi asunto,
Y el solicitador de mi deseo.
  Parte, y no te detengas sólo un punto,
Y á los que en esta lista van escritos

Dirás de Apolo cuanto aquí yo apunto.—
  Sacó un papel, y en él casi infinitos
Nombres vi de poetas, en que habia
Yangüeses, vizcainos y coritos.
  Allí famosos ví de Andalucía,
Y entre los castellanos vi unos hombres,
En quien vive de asiento la poesía.
  Dijo Mercurio:—Quiero que me nombres
Desta turba gentil, pues tú lo sabes,
La alteza de su ingenio, con los nombres.—
  Yo respondí:—De los que son mas graves
Diré lo que supiere, por moverte
A que ante Apolo su valor alabes.—
Él escuchó. Yo dije desta suerte.

CAPÍTULO II

Colgado estaba de mi antigua boca
El dios hablante, pero entónces mudo;
Que al que escucha, el guardar silencio toca.
Cuando dí de improviso un estornudo,
Y haciendo cruces por el mal agüero,
Del gran Mercurio al mandamiento acudo.
Miré la lista, y vi que era el primero
El LICENCIADO JUAN DE OCHOA, amigo
Por poeta, y cristiano verdadero.
Deste varon en su alabanza digo
Que puede acelerar y dar la muerte
Con su claro discurso al enemigo,
Y que si no se aparta y se divierte
Su ingenio en la gramática española,
Será de Apolo sin igual la suerte;
Pues de su poësía al mundo sola
Puede esperar poner el pié en la cumbre,
De la inconstante rueda, ó varia bola.
Este que de los cómicos es lumbre,
Que el LICENCIADO POYO es su apellido,
No hay nube que á su sol claro deslumbre

Pero como está siempre entretenido
En trazas, en quimeras é invenciones
No ha de acudir á este marcial ruido.
Este, que en lista por tercero pones,
Que Hipólito se llama de Vergara,
Si llevarle al Parnaso te dispones,
Haz cuenta que en él llevas una jara,
Una saëta, un arcabuz, un rayo,
Que contra la ignorancia se dispara.
Este, que tiene como mes de mayo
Florido ingenio, y que comienza ahora
A hacer de sus comedias nuevo ensayo,
Godinez es. Y estotro que enamora
Las almas con sus versos regalados,
Cuando de amor ternezas canta ó llora,
Es uno, que valdrá por mil soldados,
Cuando á la extraña y nunca vista empresa
Fueren los escogidos y llamados:
Digo que es Don Francisco, el que profesa
Las armas y las letras con tal nombre,
Que por su igual Apolo le confiesa:
Es de Calatayud su sobrenombre.
Con esto queda dicho todo cuanto
Puedo decir con que á la invidia asombre.
Este que sigue es un poeta santo,
Digo, famoso: Miguel Cid se llama,
Que al coro de las musas pone espanto.
Estotro que sus versos encarama

Sobre los mismos hombros de Calisto,
Tan celebrado siempre de la fama,
  Es aquel agradable, aquel bienquisto,
Aquel agudo, aquel sonoro y grave
Sobre cuantos poetas Febo ha visto:
  Aquel que tiene de escribir la llave
Con gracia y agudeza en tanto extremo,
Que su igual en el orbe no se sabe;
  Es Don Luis de Góngora, á quien temo
Agraviar en mis cortas alabanzas,
Aunque las suba al grado más supremo.
  Oh tú, divino espíritu, que alcanzas
Ya el premio merecido á tus deseos,
Y á tus bien colocadas esperanzas:
  Ya en nuevos y justísimos empleos,
Divino Herrera, tu caudal se aplica,
Aspirando del cielo á los trofeos.
  Ya de tu hermosa luz clara y rica
El bello resplandor miras seguro
En la que la alma tuya beatifica:
  Y arrimada tu hiedra al fuerte muro
De la inmortalidad, no estimes cuanto
Mora en las sombras de este mundo escuro.
  Y tú, Don Juan de Jáuregui, que á tanto
El sabio curso de tu pluma aspira,
Que sobre las esferas le levanto;
  Aunque Lucano por tu voz respira,
Déjalo un rato, y con piadosos ojos

A la necesidad de Apolo mira;
  Que te están esperando mil despojos
De otros mil atrevidos, que procuran
Fértiles campos ser, siendo rastrojos.
  Y tú, por quien las musas aseguran
Su partido, DON FÉLIX ARIAS, siente,
Que por su gentileza te conjuran,
  Y ruegan que defiendas desta gente
Non sancta su hermosura, y de Aganipe
Y de Hipocrene la inmortal corriente.
  ¿Consentirás tú á dicha participe
Del licor suavísimo un poeta,
Que al hacer de sus versos sude y hipe?
  No lo consentirás, pues tu discreta
Vena, abundante y rica, no permite
Cosa que sombra tenga de imperfeta.
  Señor, este que aquí viene se quite,
Dije á Mercurio, que es un chacho necio,
Que juega, y es de sátiras su envite.
  Este sí que podrás tener en precio,
Que es ALONSO DE SALAS BARBADILLO,
A quien me inclino y sin medida aprecio.
  Este que viene aquí, si he de decillo,
No hay para qué le embarques, y así puedes
Borrarle. Dijo el dios: gusto de oillo.
  Es un cierto rapaz, que á Ganimédes
Quiere imitar, vistiéndose á lo godo,
Y así aconsejo que sin él te quedes.

No lo harás con este dese modo,
Que es el gran Luis Cabrera, que pequeño
Todo lo alcanza, pues lo sabe todo:
Es de la historia conocido dueño,
Y en discursos discretos tan discreto,
Que á Tácito verás, si te le enseño.
Este que viene es un galán, sujeto
De la varia fortuna á los vaivenes,
Y del mudable tiempo al duro aprieto.
Un tiempo rico de caducos bienes,
Y ahora de los firmes é inmudables
Mas rico, á tu mandar firme le tienes:
Pueden los altos riscos siempre estables
Ser tocados del mar, mas no movidos
De sus ondas en cursos varïables.
Ni ménos á la tierra trae rendidos
Los altos cedros Bóreas, cuando airado
Quiere humillar los mas fortalecidos.
Y este que vivo ejemplo nos ha dado
Desta verdad con tal filosofía
Don Lorenzo Ramirez es de Prado.
Deste que se le sigue aquí, diría
Que es Don Antonio de Monroy, que veo
En ello qué es ingenio y cortesía.
Satisfación al más alto deseo
Puede dar de valor heróico y ciencia,
Pues mil descubro en él y otras mil creo.
Este es un caballero de presencia

Agradable, y que tiene de Torcato
El alma sin alguna diferencia.
  De Don Antonio de Paredes trato,
A quien dieron las musas sus amigas
En tierna edad anciano ingenio y trato.
  Este que por llevarle te fatigas,
Es Don Antonio de Mendoza, y veo
Cuánto en llevarle al sacro Apolo obligas.
  Este que de las musas es recreo,
La gracia, y el donaire, y la cordura,
Que de la discreción lleva el trofeo,
  Es Pedro de Morales, propia hechura
Del gusto cortesano, y es asilo
Adonde se repara mi ventura.
  Este, aunque tiene parte de Zoílo,
Es el grande Espinel, que en la guitarra
Tiene la prima, y en el raro estilo.
  Este, que tanto allí tira la barra,
Que las cumbres se deja atras de Pindo
Que jura, que vocea y que desgarra,
  Tiene más de poeta que de lindo,
Y es Jusepe de Vargas, cuyo astuto
Ingenio y rara condición deslindo.
  Este, á quien pueden dar justo tributo
La gala y el ingenio, que más pueda
Ofrecer á las musas flor y fruto,
  Es el famoso Andrés de Balmaseda,
De cuyo grave y dulce entendimiento

El magno Apolo satisfecho queda.
Este es Enciso, gloria y ornamento
Del Tajo, y claro honor de Manzanares,
Que con tal hijo aumenta su contento.
Este, que es escogido entre millares
De Guevara Luis Velez es el bravo,
Que se puede llamar quitapesares.
Es poeta gigante, en quien alabo
El verso numeroso, el peregrino
Ingenio, si un Gnaton nos pinta, ó un Davo.
Este es Don Juan de España, que es mas dino
De alabanzas divinas que de humanas,
Pues en todos sus versos es divino.
Este, por quien de Lugo están ufanas
Las musas, es Silveira, aquel famoso,
Que por llevarle con razón te afanas.
Este, que se le sigue, es el curioso
Gran Don Pedro de Herrera, conocido
Por de ingenio elevado en punto honroso.
Este que de la cárcel del olvido
Sacó otra vez á Proserpina hermosa,
Con que á España y al Dauro ha enriquecido,
Verásle en la contienda rigurosa,
Que se teme y se espera en nuestros días,
Culpa de nuestra edad poco dichosa,
Mostrar de su valor las lozanías.
Pero ¿qué mucho, si es aqueste el doto
Y grave Don Francisco de Farías?

Este de quien yo fuí siempre devoto,
Oráculo y Apolo de Granada,
Y aun deste clima nuestro y del remoto,
Pedro Rodriguez es. Este es Tejada,
De altitonantes versos y sonoros
Con majestad en todo levantada.
Este, que brota versos por los poros,
Y halla patria y amigos donde quiera,
Y tiene en los ajenos sus tesoros,
Es Medinilla, el que la vez primera
Cantó el romance de la tumba escura,
Entre cipreses puestos en hilera.
Este, que en verdes años se apresura
Y corre al sacro lauro, es Don Fernando
Bermudez, donde vive la cordura.
Este es aquel poeta memorando,
Que mostró de su ingenio la agudeza
En las selvas de Erífile cantando.
Este, que la coluna nueva empieza,
Con estos dos que con su sér convienen,
Nombrarlos, aun lo tengo por bajeza.
Miguel Cejudo y Miquel Sanchez vienen
Juntos aquí, ¡oh par sin par! En estos
Las sacras musas fuerte amparo tienen.
Que en los piés de sus versos bien compuestos,
Llenos de erudición rara y dotrina,
Al ir al grave caso serán prestos.
Este gran caballero, que se inclina

A la lección de los poetas buenos,
Y al sacro monte con su luz camina,
  DON FRANCISCO DE SILVA es por lo ménos:
¿Que será por lo más? ¡Oh edad madura,
En verdes años de cordura llenos!
  DON GABRIEL GOMEZ viene aquí, segura
Tiene con él Apolo la vitoria,
De la canalla siempre necia y dura.
  Para honor de su ingenio, para gloria
De su florida edad, para que admire
Siempre de siglo en siglo su memoria,
  En este gran sugeto se retire
Y abrevie la esperanza deste hecho,
Y Febo al gran VALDÉS atento mire.
  Verá en él un gallardo y sabio pecho,
Un ingenio sutil y levantado,
Con que le deje en todo satisfecho.
  FIGUEROA es estotro, el dotorado,
Que cantó de Amarili la constancia
En dulce prosa y verso regalado.
  Cuatro vienen aquí en poca distancia
Con mayúsculas letras de oro escritos,
Que son del alto asunto la importancia.
  De tales cuatro, siglos infinitos
Durará la memoria, sustentada
En la alta gravedad de sus escritos.
  Del claro Apolo la real morada
Si viniere á caer de su grandeza,

Será por estos cuatro levantada;
  En ellos nos cifró naturaleza
El todo de las partes, que son dinas
De gozar celsitud, que es más que alteza.
  Esta verdad, gran CONDE DE SALINAS,
Bien la acreditas con tus raras obras,
Que en los términos tocan de divinas.
  Tú, el de ESQUILACHE PRÍNCIPE, que cobras
De dia en dia crédito tamaño,
Que te adelantas á tí mismo y sobras:
  Serás escudo fuerte al grave daño,
Que teme Apolo con ventajas tantas,
Que no te espere el escuadron tacaño.
  Tú, CONDE DE SALDAÑA, que con plantas
Tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,
Y en alas de tu ingenio te levantas;
  Hacha has de ser de inextinguible lumbre,
Que guie al sacro monte, al deseoso
De verse en él, sin que la luz deslumbre.
  Tú, el de VILLAMEDIANA, el más famoso
De cuantos entre griegos y latinos
Alcanzaron el lauro venturoso;
  Cruzarás por las sendas y caminos
Que al monte guían, porque mas seguros
Lleguen á él los simples peregrinos.
  A cuya vista destos cuatro muros
Del Parnaso caerán las arrogancias
De los mancebos sobre necios duros.

¡Oh cuántas, y cuán graves circunstancias
Dijera destos cuatro, que felices
Aseguran de Apolo las ganancias!
Y mas si se les llega el de ALCAÑICES
MARQUES insigne, harán (puesto que hay una
En el mundo no más) cinco Fenices.
Cada cual de por sí sera coluna,
Que sustente y levante el edificio
De Febo sobre el cerco de la luna.
Este (puesto que acude al grave oficio
En que se ocupa) el lauro y palma lleva,
Que Apolo da por honra y beneficio.
En esta ciencia es maravilla nueva,
Y en la jurispericia único y raro,
Su nombre es DON FRANCISCO DE LA CUEVA.
Este, que con Homero le comparo,
Es el gran DON RODRIGO DE HERRERA,
Insigne en letras, y en virtudes claro.
Este, que se le sigue, es el DE VERA
DON JUAN, que por su espada y por su pluma
Le honran en la quinta y cuarta esfera.
Este, que el cuerpo y aun el alma bruma
De mil, aunque no muestre ser cristiano,
Sus escritos el tiempo no consuma.
Cayóseme la lista de la mano
En esto punto, y dijo el dios:—Con estos
Que has referido está el negocio llano.
Haz que con piés y pensamientos prestos

Vengan aquí, donde aguardando quedo
La fuerza de tan válidos supuestos.
— Mal podrá DON FRANCISCO DE QUEVEDO
Venir, dije yo entónces; y él me dijo:
—Pues partirme sin él de aquí no puedo.
Ese es hijo de Apolo, ese es hijo
De Calíope musa: no podemos
Irnos sin él, y en esto estaré fijo.
Es el flagelo de poetas memos,
Y echará á puntillazos del Parnaso
Los malos que esperamos y tememos.
—Oh señor, repliqué, que tiene el paso
Corto, y no llegará en un siglo entero.
—Deso, dijo Mercurio, no hago caso.
Que el poeta que fuere caballero,
Sobre una nube entre pardilla y clara
Vendrá muy á su gusto caballero.
—Y el qué no? pregunté, ¿qué le prepara
Apolo? ¿qué carrozas, ó qué nubes?
¿Qué dromedario ó alfana en paso rara?
—Mucho, me respondió, mucho te subes
En tus preguntas; calla y obedece.
—Sí haré, pues no es infando lo que jubes.—
Esto le respondí, y él me parece
Que se turbó algun tanto; y en un punto
El mar se turba, el viento sopla y crece.
Mi rostro entónces, como el de un difunto
Se debió de poner, y sí haría,

Que soy medroso á lo que yo barrunto.
Vi la noche mezclarse con el dia,
Las arenas del hondo mar alzarse
A la región del aire, entónces fria.
Todos los elementos vi turbarse,
La tierra, el agua, el aire, y aun el fuego
Vi entre rompidas nubes azorarse.
Y en medio deste gran desasosiego
Llovian nubes de poetas llenas
Sobre el bajel, que se anegara luego,
Si no acudieran más de mil sirenas
A dar de azotes á la gran borrasca,
Que hacía el saltarel por las entenas.
Una, que ser pensé Juana la Chasca,
De dilatado vientre y luengo cuello,
Pintiparado á aquel de la tarasca,
Se llegó á mí y me dijo:—De un cabello
Deste bajel estaba la esperanza
Colgada, á no venir á socorrello.
Traemos y no es burla, á la bonanza,
Que estaba descuidada oyendo atenta
Los discursos de un cierto Sancho Panza.—
En esto sosegóse la tormenta,
Volvió tranquilo el mar, serenó el cielo,
Que al regañón el céfiro le ahuyenta.
Volví la vista, y ví en lijero vuelo
Una nube romper el aire claro
De la color del condensado hielo.

¡Oh maravilla nueva! Oh caso raro!
Vilo, y he de decillo, aunque se dude
Del hecho que por brújula declaro.
Lo que yo pude ver, lo que yo pude
Notar fué, que la nube dividida
En dos mitades á llover acude.
Quien ha visto la tierra prevenida
Con tal disposición, que cuando llueve,
Cosa ya averiguada y conocida,
De cada gota en un instante breve
Del polvo se levanta ó sapo ó rana,
Que á saltos ó despacio el paso mueve;
Tal se imaginé ver (¡Oh soberana
Virtud!) de cada gota de la nube
Saltar un bulto, aunque con forma humana.
Por no creer esta verdad estuve
Mil veces, pero vila con la vista,
Que entónces clara y sin legañas tuve.
Eran aquestos bultos de la lista
Pasada los poetas referidos,
A cuya fuerza no hay quien la resista.
Unos por hombres buenos conocidos,
Otros de rumbo y hampo, y Dios es Cristo,
Poquitos bien, y muchos mal vestidos.
Entre ellos parecióme de haber visto
A Don Antonio de Calarza el bravo,
Gentilhombre de Apolo, y muy bienquisto.
El bajel se llenó de cabo á cabo,

Y su capacidad á nadie niega
Copioso asiento, que es lo más que alabo.
  Llovió otra nube al gran LOPE DE VEGA,
Poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja, ni aun le llega.
  Era cosa de ver maravillosa
De los poetas la apretada enjambre,
En recitar sus versos muy melosa.
  Este muerto de sed, aquel de hambre;
Yo dije, viendo tantos, con voz alta:
—¡Cuerpo de mí con tanta poetambre!—
  Por tantas sobras conoció una falta
Mercurio, y acudiendo á remedialla,
Lijero en la mitad del bajel salta.
  Y con una zaranda que allí halla,
No sé si antigua, ó si de nuevo hecha,
Zarandó mil poetas de gramalla
  Los de capa y espada no desecha,
Y destos zarandó dos mil y tantos;
Que fué neguilla entónces la cosecha.
  Colábanse los buenos y los santos,
Y quedábanse arriba los granzones,
Mas duros en sus versos que los cantos.
  Y sin que les valiesen las razones
Que en su disculpa daban, daba luego
Mercurio al mar con ellos á montones.
  Entre los arrojados se oyó un ciego,
Que murmurando entre las ondas iba

De Apolo con un pésete y reniego.
  Un sastre (aunque en sus piés flojos estriba,
Abriendo con los brazos el camino)
Dijo:—Sucio es Apolo, así yo viva.—
  Otro (que al parecer iba mohino,
Con ser un zapatero de obra prima)
Dijo dos mil, no un solo desatino.
  Trabaja un tondidor, suda, y se anima
Por verse á la ribera conducido,
Que mas la vida que la honra estima.
  El escuadrón nadante reducido
A la marina, vuelve á la galera
El rostro con señales de ofendido.
  Y uno por todos dijo:—Bien pudiera
Ese chocante embajador de Febo
Tratarnos bien, y no desta manera.
  Mas oigan lo que dijo:—Yo me atrevo
A profanar del monte la grandeza
Con libros nuevos, y en estilo nuevo.
  Calló Mercurio, y á poner empieza
Con gran curiosidad seis camarines,
Dando á la gracia ilustre rancho y pieza.
  De nuevo resonaron los clarines,
Y así Mercurio lleno de contento,
Sin darle mal agüero los delfines,
Remos al agua dió, velas al viento.

CAPÍTULO III.

Eran los remos de la real galera
De esdrújulos, y dellos compelida
Se deslizaba por el mar lijera.
Hasta el tope la vela iba tendida,
Hecha de muy delgados pensamientos,
De varios lizos por amor tejida.
Soplaban dulces y amorosos vientos,
Todos en popa, y todos se mostraban
Al gran viaje solamente atentos.
Las sirenas en torno navegaban,
Dando empellones al bajel lozano,
Con cuya ayuda en vuelo le llevaban.
Semejaban las aguas del mar cano
Colchas encarrujadas, y hacían
Azules visos por el verde llano.
Todos los del bajel se entretenían,
Unos glosando piés dificultosos,
Otros cantaban, otros componían.
Otros de los tenidos por curiosos
Referian sonetos, muchos hechos
A diferentes casos amorosos.

Otros alfeñicados y deshechos
En puro azúcar, con la voz süave,
De su melifluidad muy satisfechos,
En tono blando, sosegado y grave,
Églogas pastorales recitaban,
En quien la gala y la agudeza cabe.
Otros de sus señoras celebraban
En dulces versos de la amada boca
Los excrementos que por ella echaban.
Tal hubo á quien amor así le toca,
Que alabó los riñones de su dama,
Con gusto grande, y no elegancia poca
Uno cantó, que la amorosa llama
En mitad de las aguas lo encendía,
Y como toro agarrochado brama.
Desta manera andaba la poesía
De uno en otro, haciendo que hablase
Este latin, aquel algarabía.
En esto sesga la galera, vase
Rompiendo el mar con tanta lijereza,
Que el viento áun no consiente que la pase.
Y en esto descubrióse la grandeza
De la escombrada playa de Valencia
Por arte hermosa y por naturaleza.
Hizo luego de sí grata presencia
El gran Don Luis Ferrer, marcado el pecho
De honor, y el alma de divina ciencia.
Desembarcóse el dios, y fué derecho

A darle cuatro mil y más abrazos,
De su vista y su ayuda satisfecho.
Volvió la vista, y reiteró los lazos
En DON GUILLÉN DE CASTRO, que venía
Deseoso de verse en tales brazos.
CRISTÓBAL DE VIRUÉS se le seguia,
Con PEDRO DE AGUILAR, junta famosa
De las que Turia en sus riberas cria.
No le pudo llegar mas valerosa
Escuadra al gran Mercurio, ni él pudiera
Desearla mejor, ni mas honrosa.
Luego se descubrió por la ribera
Un tropel de gallardos valencianos,
Que á ver venían la sin par galera.
Todos con instrumentos en las manos
De estilos y librillos de memoria,
Por bizarría y por ingenio ufanos,
Codiciosos de hallarse en la vitoria,
Que ya tenian por segura y cierta,
De las heces del mundo y de la escoria.
Pero Mercurio les cerró la puerta:
Digo, no consintió que se embarcasen,
Y el por qué no lo dijo, aunque se acierta.
Y fué, porque temió que no se alzasen,
Siendo tantos y tales, con Parnaso,
Y nuevo imperio y mando en él fundasen.
En esto vióse con brioso paso
Venir al magno ANDRÉS REY DE ARTIEDA,

No por la edad descaecido ó laso.
  Hicieron todos espaciosa rueda,
Y cogiéndole en medio, le embarcaron,
Mas rico de valor que de moneda.
  Al momento las áncoras alzaron,
Y las velas ligadas á la entena
Los grumetes apriesa desataron.
  De nuevo por el aire claro suena
El són de los clarines, y de nuevo
Vuelve á su oficio cada cual sirena.
  Miró el bajel por entre nubes Febo,
Y dijo en voz que pudo ser oída:
—Aquí mi gusto y esperanza llevo.—
  De remos y sirenas impelida
La galera se deja atrás el viento,
Con milagrosa y próspera corrida.
  Leíase en los rostros el contento
Que llevaban los sabios pasajeros,
Durable, por no ser nada violento.
  Unos por el calor iban en cueros,
Otros por no tener godescas galas
En traje se vistieron de romeros.
  Hendía en tanto las neptúneas salas
La galera, del modo como hiende
La grulla el aire con tendidas alas.
  En fin, llegamos donde el mar se extiende,
Y ensancha y forma el golfo de Narbona,
Que de ningunos vientos se defiende.

Del gran Mercurio la cabal persona
Sobre seis resmas de papel sentada
Iba con cetro y con real corona,
Cuando una nube, al parecer preñada,
Parió cuatro poetas en crujía,
O los llovió, razon mas concertada.
Fué el uno aquel, de quien Apolo fia
Su honra, JUAN LUIS DE CASANATE,
Poeta insigne de mayor cuantía.
El mismo Apolo de su ingenio trate,
Él le alabe, él le premie y recompense;
Que el alabarle yo sería dislate.
Al segundo llovido, el uticense
Caton no le igualó ni tiene Febo
Quien tanto por él mire, ni en él piense.
Del contador GASPAR DE BARRIONUEVO
Mal podrá el corto flaco ingenio mío
Loar el suyo así como yo debo.
Llenó del gran bajel el gran vacío
El gran FRANCISCO DE RIOJA al punto
Que saltó de la nube en el navío.
A CRISTÓBAL DE MESA vi allí junto
Á los piés de Mercurio, dando fama
Á Apolo, siendo dél propio trasunto.
Á la gavia un grumete se encarama,
Y dijo á voces:—La ciudad se muestra,
Que Jénova, del dios Jano, se llama.
—Déjesele la ciudad á la siniestra

Mano, dijo Mercurio, el bajel vaya,
Y siga su derrota por la diestra.
  Hacer al Tiber vimos blanca raya
Dentro del mar, habiendo ya pasado
La ancha romana y peligrosa playa.
  De léjos vióse el aire condensado
Del humo que el Estrómbalo vomita,
De azufre, y llamas, y de horror formado.
  Huyen la isla infame, y solicita
El suave poniente, así el viaje
Que lo acorta, lo allana y facilita.
  Vímonos en un punto en el paraje,
Do la nutriz de Enéas pïadoso
Hizo el forzoso y último pasaje.
  Vimos desde allí á poco el más famoso
Monte que encierra en sí nuestro hemisfero,
Más gallardo á la vista y más hermoso.
  Las cenizas de Títiro y Sincero
Están en él, y puede ser por esto
Nombrado entre los montes por primero.
  Luego se descubrió, donde echó el resto
De su poder naturaleza amiga,
De formar de otros muchos un compuesto.
  Vióse la pesadumbre sin fatiga
De la bella Parténope, sentada
A la orilla del mar, que sus piés liga,
  De castillos y torres coronada,
Por fuerte y por hermosa en igual grado

Tenida, conocida y estimada.
Mandóme el del alíjero calzado,
Qùe me aprestase y fuese luego á tierra
A dar á los LUPERCIOS un recado,
En que les diese cuenta de la guerra
Temida, y que á venir les persuadiese
Al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.
—Señor, le respondí, si acaso hubiese
Otro que la embajada les llevase,
Que mas grato á los dos hermanos fuese,
Que yo no soy, sé bien que negociase
Mejor.—Dijo Mercurio:—No te entiendo,
Y has de ir ántes que el tiempo más se pase.
—Que no me han de escuchar estoy temiendo,
Le repliqué, ya si el ir yo no importa,
Puesto que en todo obedecer pretendo.
Que no sé quién me dice, y quién me exhorta,
Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista corta.
Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera,
Ni diera en un tan hondo desatino.
Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas, que al partir me hicieron.
Llévame Dios si entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron,
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.

Muchos, señor, en la galera llevas,
Que te podrán sacar el pié del lodo,
Parte, y excusa de hacer mas pruebas.
—Ninguno, dijo, me hable dese modo,
Que si me desembarco y los embisto,
Voto á Dios, que me traiga al Conde, y todo
Con estos dos famosos me enemisto,
Que habiendo levantado á la poesía
Al buen punto en que está, como se ha visto,
Quieren con perezosa tiranía
Alzarse, como dicen, á su mano
Con la ciencia que á ser divinos guía.
Por el solio de Apolo soberano
Juro... y no digo mas; y ardiendo en ira
Se echó á las barbas una y otra mano.
Y prosiguió diciendo: El Dotor Mira,
Apostaré, si no lo manda el Conde,
Que también en sus puntos se retira.
Señor galán, parezca: ¿á qué se esconde?
Pues á fe por llevarle, si él no gusta,
Que ni le busque, aseche, ni le ronde.
¿Es esta empresa acaso tan injusta,
Que se esquiven de hallar en ella cuántos
Tienen conciencia limitada y justa?
¿Carece el cielo de poetas santos?
¿Puesto que brote á cada paso el suelo
Poetas, que lo son tantos y tantos?
¿No se oyen sacros himnos en el cielo?

¿La arpa de David allá no suena,
Causando nuevo accidental consuelo?
Fuera melindres, y cese la entena,
Que llegue al tope; – y luego obedeciendo
Fué de la chusma sobre buenas buena.
Poco tiempo pasó, cuando un ruïdo
Se oyó, que los oídos atronaba,
Y era de perros áspero ladrido.
Mercurio se turbó, la gente estaba
Suspensa al triste són, y en cada pecho
El corazón mas válido temblaba.
En esto descubrióse el corto estrecho
Que Escila y que Caríbdis espantosas
Tan temeroso con su furia han hecho.
– Estas olas que veis presuntüosas
En visitar las nubes de contino,
Y aun de tocar el cielo codiciosas,
Venciólas el prudente peregrino
Amante de Calipso, al tiempo cuando
Hizo, dijo Mercurio, este camino.
Su prudencia nosotros imitando,
Echarémos al mar en que se ocupen,
En tanto que el bajel pasa volando.
Que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen,
Al mísero que al mar ha de entregarse,
Seguro estoy que el paso desocupen.
Miren si puede en la galera hallarse
Algun poeta desdichado acaso,

Que á las fieras gargantas pueda darse.—
Buscáronle, y halláron á LOFRASO,
Poeta militar, sardo, que estaba
Desmayado á un rincon marchito y laso:
Que á sus diez libros de Fortuna andaba
Añadiendo otros diez, y el tiempo escoge,
Que mas desocupado se mostraba.
Gritó la chusma toda:—Al mar se arroje,
Vaya LOFRASO al mar sin resistencia.
—Por Dios, dijo Mercurio, que me enoje.
¿Cómo? ¿y no será cargo de conciencia,
Y grande, echar al mar tanta poesía,
Puesto que aquí nos hunda su inclemencia?
Viva LOFRASO, en tanto que dé al día
Apolo luz, y en tanto que los hombres
Tengan discreta alegre fantasía.
Tócante á tí, oh LOFRASO, los renombres,
Y epítetos de agudo y de sincero,
Y gusto que mi cómitre te nombres.—
Esto dijo Mercurio al caballero,
El cual en la crujía en pié se puso
Con un rebenque despiadado y fiero.
Creo que de sus versos le compuso,
Y no sé cómo fué, que en un momento
(Ó ya el cielo, ó LOFRASO lo dispuso)
Salimos del estrecho á salvamento,
Sin arrojar al mar poeta alguno:
Tanto del sardo fué el merecimiento.

Mas luego otro peligro, otro importuno
Temor amenazó, si no gritara
Mercurio, cual jamás gritó ninguno,
Diciendo al timonero: —Á orza, para,
Amáinese de golpe; —y todo á un punto
Se hizo, y el peligro se repara.
Estos montes que veis que están tan juntos,
Son los que Acroceraunos son llamados,
De infame nombre, como yo barrunto,
Asieron de los remos los honrados,
Los tiernos, los melífluos, los godescos,
Y los de á cantimplora acostumbrados.
Los fríos los asieron y los frescos,
Asiéronlos también los calurosos,
Y los de calzas largas y gregüescos.
Del sopraestante daño temerosos,
Todos á una la galera empujan,
Con flacos y con brazos poderosos.
Debajo del bajel se somurmujan
Las sirenas que dél no se apartaron,
Y á sí mismas en fuerzas sobrepujan.
Y en un pequeño espacio la llevaron
Á vista de Corfú y á mano diestra
La isla inexpugnable se dejaron.
Y dando la galera á la siniestra
Discurría de Grecia las riberas,
Adonde el cielo su hermosura muestra.
Mostrábanse las olas lisonjeras,

Impeliendo el bajel süavemente,
Como burlando con alegres veras.
  Y luego al parecer por el oriente,
Rayando el rubio sol nuestro horizonte
Con rayas rojas, hebras de su frente,
  Gritó un grumete y dijo: El monte, el monte,
El monte se descubre, donde tiene
Su buen rocin el gran Belorofonte.
  Por el monte se arroja, y á pié viene
Apolo á recebirnos.—Yo lo creo,
Dijo Lofraso, ya llega á la Hipocrene.
  Yo desde aquí columbro, miro y veo
Que se andan solazando entre unas matas
Las musas con dulcísimo recreo.
  Unas antiguas son, otras novatas,
Y todas con lijero paso y tardo
Andan las cinco en pié, las cuatro á gatas.
  —Si tú tal vez, dijo Mercurio, ó sardo
Poeta, que me corten las orejas,
O me tengan los hombres por bastardo.
  Dime, ¿por qué algun tanto no te alejas
De la ignorancia, pobretón, y adviertes
Lo que cantan tus rimas en tus quejas?
  ¿Por qué con tus mentiras nos diviertes
De recebir á Apolo cual se debe,
Por haber mejorado vuestras suertes?—
  En esto mucho más que el viento leve
Bajó el lucido Apolo á la marina,

A pie, porque en su carro no se atreve.
Quitó los rayos de la faz divina,
Mostróse en calzas y en jubon vistoso,
Porque dar gusto á todos determina.
Seguíale detrás un numeroso
Escuadrón de doncellas bailadoras,
Aunque pequeñas, de ademan brioso.
Supe poco despues, que estas señoras,
Sanas las más, las ménos mal paradas,
Las del tiempo y del sol eran las Horas.
Las medio rotas eran las menguadas,
Las sanas las felices, y con esto
Eran todas en todo apresuradas.
Apolo luego con alegre gesto
Abrazó á los soldados, que esperaba
Para la alta ocasión que se ha propuesto.
Y no de un mismo modo acariciaba
Á todos, porque alguna diferencia
Hacía con los que él más se alegraba.
Que á los de señoría y excelencia
Nuevos abrazos dió, razones dijo,
En que guardó decoro y preeminencia.
Entre ellos abrazó á DON JUAN DE ARGUIJO,
Que no sé en qué, ó cómo, ó cuándo hizo
Tan áspero viaje y tan prolijo.
Con él á su deseo satisfizo
Apolo y confirmó su pensamiento,
Mandó, vedó, quitó, hizo y deshizo.

Hecho pues el sin par recebimiento,
Do se halló DON LUIS DE BARAHONA,
Llevado allí por su merecimiento,
Del siempre verde lauro una corona
Le ofrece Apolo en su intención, y un vaso
Del agua de Castalia y de Helicona.
Y luego vuelve el magestuoso paso,
Y el escuadrón pensado y de repente
Le sigue por las faldas del Parnaso.
Llegóse en fin á la Castalia fuente,
Y en viéndola, infinitos se arrojaron
Sedientos al cristal de su corriente.
Unos no solamente se hartaron,
Sino que piés y manos, y otras cosas
Algo mas indecentes se lavaron.
Otros mas advertidos, las sabrosas
Aguas gustaron poco á poco, dando
Espacio al gusto, á pausas melindrosas.
El brindez y el caraos se puso en bando,
Porque los más de bruces, y no á sorbos,
El süave licor fueran gustando.
De ambas manos hacían vasos corvos
Otros, y algunos de la boca al agua
Temian de hallar cien mil estorbos.
Poco á poco la fuente se desagua,
Y pasa en los estómagos bebientes,
Y áun no se apaga de su sed la fragua.
Mas díjoles Apolo:—Otras dos fuentes

Aun quedan, Aganipe é Hipocrene,
Ambas sabrosas, ambas excelentes;
  Cada cual de licor dulce y perene,
Todas de calidad aumentativa
Del alto ingenio que á gustarlas viene.—
  Beben y suben por el monte arriba,
Por entre palmas, y entre cedros altos,
Y entre árboles pacíficos de oliva.
  De gusto llenos y de angustia faltos,
Siguiendo á Apolo el escuadron camina,
Unos á pedicoj, otros á saltos.
  Al pie sentado de una antigua encina
Ví á ALONSO DE LEDESMA, componiendo
Una canción angélica y divina.
  Conocíle, y á él me fuí corriendo
Con los brazos abiertos como amigo,
Pero no se movió con el estruendo.
  —¿No ves, me dijo Apolo, que consigo
No está LEDESMA ahora? No ves claro
Que está fuera de sí y está conmigo?—
  A la sombra de un mirto, al verde amparo
JERÓNIMO DE CASTRO sesteaba,
Varon de ingenio peregrino y raro.
  Un motete imagino que cantaba
Con voz süave; yo quedé admirado
De verle allí, porque en Madrid quedaba.
  Apolo me entendió, y dijo:—Un soldado
Como este no era bien que se quedara

Entre el ocio y el sueño sepultado.
  Yo le truje y sé cómo; que á mi rara
Potencia no la impide otra ninguna,
Ni inconveniente alguno la repara.—
  En esto se llegaba la oportuna
Hora á mi parecer de dar sustento
Al estómago pobre, y mas si ayuna;
  Pero no le pasó por pensamiento
A Delio, que el ejército conduce,
Satisfacer al mísero hambriento.
  Primero á un jardin rico nos reduce,
Donde el poder de la naturaleza,
Y el de la industria más campea y luce.
  Tuvieron los Hespérides belleza
Menor, no la igualaron los Pensiles
En sitio, en hermosura y en grandeza.
  En su comparación se muestran viles
Los de Alcinoo, en cuyas alabanzas
Se han ocupado ingenios bien sotiles:
  No sujeto del tiempo á las mudanzas,
Que todo el año primavera ofrece
Frutos en posesión, no en esperanzas.
  Naturaleza y arte allí parece
Andar en competencia y está en duda
Cuál vence de las dos, cuál más merece.
  Muéstrase balbuciente y casi muda,
Si le alaba la lengua más experta,
De adulación y de mentir desnuda.

Junto con ser jardin, era una huerta,
Un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,
Que en todos estos títulos concierta,
De tanta gracia y hermosura lleno,
Que una parte del cielo parecía
El todo del bellísimo terreno.
Alto en el sitio alegre Apolo hacía,
Y allí mandó que todos se sentasen
Á tres horas despues de mediodía.
Y porque los asientos señalasen
El ingenio y valor de cada uno,
Y unos con otros no se embarazasen;
Á despecho y pesar del importuno
Ambicioso deseo, les dió asiento
En el sitio y lugar más oportuno.
Llegaban los laureles casi á ciento,
Á cuya sombra y troncos se sentaron
Algunos de aquel número contento.
Otros los de las palmas ocuparon,
De los mirtos y hiedras, y los robles
Tambien varios poetas albergaron.
Puesto que humildes, eran de los nobles
Los asientos cual tronos levantados,
Porque tú, ¡oh envidia! aquí tu rabia dobles.
En fin, primero fueron ocupados
Los troncos de aquel ancho circuito,
Para honrar á poetas dedicados,
Antes que yo, en el número infinito,

Hallase asiento: y así en pié quedéme
Despechado, colérico y marchito.
  Dije entre mí: ¿Es posible que se extreme
En perseguirme la fortuna airada,
Que ofende á muchos y á ninguno teme?
  Y volviéndome á Apolo, con turbada
Lengua le dije lo que oirá el que gusta
Saber, pues la tercera es acabada,
La cuarta parte desta empresa justa.

CAPÍTULO IV

Suele la indignación componer versos;
Pero si el indignado es algún tonto,
Ellos tendrán su todo de perversos.
De mí yo no sé más, sino que pronto
Me hallé para decir en tercia rima
Lo que no dijo el desterrado al Ponto.
Y así le dije á Delio:—No se estima,
Señor, del vulgo vano el que te sigue
Y al árbol sacro del laurel se arrima.
La envidia y la ignorancia le persigue,
Y así envidiado siempre y perseguido,
El bien que espera por jamás consigue.
Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.
Soy por quien *la Confusa* nada fea
Pareció en los teatros admirable,
Si esto á su fama es justo se le crea.
Yo con estilo en parte razonable
He compuesto *Comedias*, que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo afable.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazón, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invención excede
Á muchos, y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.
Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poësía,
Y en ella procuré siempre agradarte.
Nunca voló la pluma humilde mía
Por la región satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guía.
Yo el soneto compuse que así empieza,
Por honra principal de mis escritos:
Voto á Dios, que me espanta esta grandeza.
Yo he compuesto *Romances* infinitos,
Y el de los *Celos* es aquel que estimo,
Entre otros que los tengo por malditos.
Por esto me congojo y me lastimo
De verme solo en pié, sin que se aplique
Árbol que me conceda algun arrimo.
Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
Para dar á la estampa el gran *Persiles,*
Con que mi nombre y obras multiplique.
Yo en pensamientos castos y sotiles,

Dispuestos en soneto de á docena,
He honrado tres sugetos fregoniles.
 También al par de *Fílis* mi *Filena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Mas de una y otra alegre cantilena.
 Y en dulces varias rimas se llevaron
Mis esperanzas los lijeros vientos,
Que en ellos y en la arena se sembraron.
 Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
Merced al cielo que á tal bien me inclina,
De toda adulación libres y exentos.
 Nunca pongo los piés por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa virtud total ruina.
 Con mi corta fortuna no me ensaño,
Aunque por verme en pié, como me veo,
Y en tal lugar, pondero así mi daño.
 Con poco me contento, aunque deseo
Mucho.—A cuyas razones enojadas,
Con estas blandas respondió Timbreo:
 —Vienen las malas suertes atrasadas,
Y toman tan de léjos la corriente,
Que son temidas, pero no excusadas.
 El bien les viene á algunos de repente,
Á otros poco á poco y sin pensallo,
Y el mal no guarda estilo diferente.
 El bien que está adquirido, conservallo
Con maña, diligencia y con cordura,

Es no menor virtud que el granjeallo.
  Tú mismo te has forjado tu ventura,
Y yo te he visto alguna vez con ella,
Pero en el imprudente poco dura.
  Mas si quieres salir de tu querella,
Alegre y no confuso y consolado,
Dobla tu capa, y siéntete sobre ella.
  Que tal vez suele un venturoso estado,
Cuando le niega sin razón la suerte,
Honrar mas merecido, que alcanzado.
  —Bien parece, señor, que no se advierte,
Le respondí, que yo no tengo capa.—
Él dijo:—Aunque sea así, gusto de verte.
  La virtud es un manto con que tapa
Y cubre su indecencia la estrecheza,
Que exenta y libre de la envidia escapa.—
  Incliné al gran consejo la cabeza,
Quedéme en pié; que no hay asiento bueno,
Si el favor no le labra ó la riqueza.
  Alguno murmuró, viéndome ajeno
Del honor que pensó se me debia,
Del planeta de luz y virtud lleno.
  En esto pareció que cobró el dia
Un nuevo resplandor, y el aire oyóse
Herir de una dulcísima armonía.
  Y en esto por un lado descubrióse
Del sitio un escuadrón de ninfas bellas,
Con que infinito el rubio dios holgóse.

Venía en fin, y por remate dellas
Una resplandeciendo, como hace
El sol ante la luz de las estrellas.
La mayor hermosura se deshace
Ante ella, y ella sola resplandece
Sobre todas, y alegra y satisface.
Bien así semejaba, cual se ofrece
Entre líquidas perlas y entre rosas
La aurora que despunta y amanece.
La rica vestidura, las preciosas
Joyas que la adornaban, competian
Con las que suelen ser maravillosas.
Las ninfas que al querer suyo asistian,
En el gallardo brio y bello aspecto,
Las artes liberales parecian.
Todas con amoroso y tierno afecto,
Con las ciencias mas claras y escogidas,
Le guardaban santísimo respeto.
Mostraban que en servirla eran servidas,
Y que por su ocasión de todas gentes
En mas veneración eran tenidas.
Su influjo y su reflujo las corrientes
Del mar y su profundo le mostraban
Y el ser padre de rios y de fuentes.
Las yerbas su virtud la presentaban,
Los árboles sus frutos y sus flores,
Las piedras el valor que en sí encerraban,
El santo amor, castísimos amores,

La dulce paz, su quietud sabrosa,
La guerra amarga, todos sus rigores.
  Mostrábaselo clara la espaciosa
Via, por donde el sol hace continuo
Su natural carrera y la forzosa.
  La inclinación, ó fuerza del destino,
Y de qué estrellas consta y se compone,
Y cómo influye este planeta ó sino,
  Todo lo sabe, todo lo dispone
La santa hermosísima doncella,
Que admiración como alegría pone.
  Preguntéle al parlero, si en la bella
Ninfa ninguna deidad se disfrazaba,
Que fuese justo el adorar en ella.
  Porque en el rico adorno que mostraba,
Y en el gallardo sér que descubria,
Del cielo y no del suelo semejaba.
  —Descubres, respondió, tu bobería,
Que há que la tratas infinitos años,
Y no conoces que es la poësía.
  —Siempre la he visto envuelta en pobres paños,
Le repliqué; jamás la ví compuesta
Con adornos tan ricos y tamaños:
  Parece que la he visto descompuesta,
Vestida de color de primavera
En los dias de cutio y los de fiesta.
  —Esta, que es la poesía verdadera,
La grave, la discreta, la elegante,

Dijo Mercurio, la alta y la sincera,
  Siempre con vestidura rozagante
Se muestra en cualquier acto que se halla,
Cuando á su profesión es importante.
  Nunca se inclina ó sirve á la canalla
Trovadora maligna y trafalmeja,
Que en lo que más ignora, ménos calla.
  Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,
Amiga de sonoja y morteruelo,
Que ni tabanco, ni taberna deja.
  No se alza dos, ni aun un coto del suelo.
Grande amiga de bodas y bautismos,
Larga de manos, corta de cerbelo.
  Tómanla por momentos parasismos,
No acierta á pronunciar, y si pronuncia,
Absurdos hace y forma solecismos.
  Baco donde ella está, su gusto anuncia,
Y ella derrama en coplas el poleo,
Compa, y vereda, y el mastranzo, y juncia.
  Pero aquesta que ves, es el aseo,
La gala de los cielos y la tierra,
Con quien tienen las musas su bureo;
  Ella abre los secretos y los cierra,
Toca y apunta de cualquiera ciencia
La superficie y lo mejor que encierra.
  Mira con más ahinco su presencia,
Verás cifrada en ella la abundancia
De lo que es bueno tiene la excelencia.

Moran con ella en una misma estancia
La divina y moral filosofía,
El estilo más puro y la elegancia.
Puede pintar en la mitad del dia
La noche, y en la noche mas escura
El alba bella que las perlas cria.
El curso de los rios apresura,
Y le detiene; el pecho á furia incita,
Y le reduce luego á más blandura.
Por mitad del rigor se precipita
De las lucientes armas contrapuestas,
Y da vitorias, y vitorias quita.
Verás cómo le prestan las florestas
Sus sombras, y sus cantos los pastores,
El mal sus lutos y el placer sus fiestas,
Perlas el Sur, Sabea sus olores,
El oro Tíber, Hibla su dulzura,
Galas Milan, y Lusitania amores.
En fin, ella es la cifra, do se apura
Lo provechoso, honesto y deleitable,
Partes con quien se aumenta la ventura.
Es de ingenio tan vivo y admirable,
Que á veces toca en punto que suspenden,
Por tener no sé qué de inexcrutable.
Alábanse los buenos, y se ofenden
Los malos con su voz, y destos tales
Unos la adoran, otros no la entienden.
Son sus obras heróicas inmortales,

Las líricas süaves, de manera
Que vuelven en divinas las mortales.
  Si alguna vez se muestra lisonjera,
Es con tanta elegancia y artificio,
Que no castigo, sino premio espera.
  Gloria de la virtud, pena del vicio
Son sus acciones, dando al mundo en ellas
De su alto ingenio y su bondad indicio.—
  En esto estaba, cuando por las bellas
Ventanas de jazmines y de rosas,
Que amor estaba á lo que entiendo en ellas,
  Divisé seis personas religiosas,
Al parecer de honroso y grave aspecto,
De luengas togas, limpias y pomposas.
  Preguntéle á Mercurio:—¿Por qué efecto
Aquellos no parecen y se encubren,
Y muestran ser personas de respeto?—
  Á lo que él respondió:—No se descubren
Por guardar el decoro al alto estado
Que tienen, y así el rostro todos cubren.
  —¿Quién son, le repliqué, si es que te es dado
Decirlo?—Respondióme:—No por cierto,
Porque Apolo lo tiene así mandado.
  —¿No son poetas?—Sí.—Pues yo no acierto
Á pensar por qué causa se desprecian
De salir con su ingenio á campo abierto.
  ¿Para qué se embobecen y se anecian,
Escondiendo el talento que da el cielo

Á los que mas de ser suyos se precian?
  Aquí del rey: ¿qué es esto? ¿qué recelo,
O celo les impide á no mostrarse
Sin miedo ante la turba vil del suelo?
  ¿Puede ninguna ciencia compararse
Con esta universal de la poesía,
Que límites no tiene do encerrarse?
  Pues siendo esto verdad, saber querría
Entre los de la carda, ¿cómo se usa
Este miedo, ó melindre, ó hipocresía?
  Hace monseñor versos, y rehusa
Que no se sepan, y él los comunica
Con muchos, y á la lengua ajena acusa.
  Y más que siendo buenos, multiplica
La fama su valor, y al dueño canta
Con voz de gloria y de alabanza rica.
  ¿Qué mucho, pues, si no se le levanta
Testimonio á un pontífice poeta,
Que digan que lo es? por Dios, que espanta.
  Por vida de Lanfusa la discreta,
Que si no se me dice quién son estos
Togados de bonete y de muceta,
  Que con trazas y modos descompuestos
Tengo de reducir á behetría
Estos tan sosegados y compuestos.
  —Por Dios, dijo Mercurio, y á fe mia,
Que no puedo decirlo, y si lo digo,
Tengo de dar la culpa á tu porfía.

—Dilo, señor, que desde aquí me obligo
De no decir que tú me lo dijiste,
Le dije, por la fe de buen amigo.—
Él dijo:—No nos cayan en el chiste,
Llégate á mí, dirételo al oído,
Pero creo que hay más de los que viste.
Aquel que has visto allí del cuello erguido,
Lozano, rozagante y de buen talle,
De honestidad y de valor vestido,
Es el Dotor Francisco Sanchez: dalle
Puede cual debe Apolo la alabanza,
Que pueda sobre el cielo levantalle.
Y áun más su famoso ingenio alcanza,
Pues en las verdes hojas de sus dias
Nos da de santos frutos esperanza.
Aquel que en elevadas fantasías,
Y en éxtasis sabrosos se regala,
Y tanto imita las acciones mías,
Es el Maestro Orense, que la gala
Se lleva de la mas rara elocuencia
Que en las aulas de Aténas se señala.
Su natural ingenio con la ciencia
Y ciencias aprendidas le levanta
Al grado que le nombra la excelencia.
Aquel de amarillez marchita y santa,
Que le encubre de lauro aquella rama,
Y aquella hojosa y acopada planta,
Fray Juan Baptista Capataz se llama.

Descalzo y pobre, pero bien vestido
Con el adorno que le da la fama.
  Aquel que del rigor fiero de olvido
Libra su nombre con eterno gozo,
Y es do Apolo y las musas bien querido,
  Anciano en el ingenio, y nunca mozo,
Humanista divino, es segun pienso,
El insigne DOTOR ANDRES DEL POZO.
  Un licenciado de un ingenio inmenso
Es aquel, y aunque en traje mercenario,
Como á señor le dan las musas censo:
  RAMÓN se llama, auxilio necesario
Con que Delio se esfuerza y ve rendidas
Las obstinadas fuerzas del contrario.
  El otro, cuyas sienes ves ceñidas
Con los brazos de Dafne en triunfo honroso,
Sus glorias tiene en Alcalá esculpidas.
  En su ilustre teatro vitorioso
Le nombra el cisne en canto no funesto,
Siempre el primero como á mas famoso.
  Á los donaires suyos echó el resto
Con propiedades al gorrón debidas,
Por haberlos compuesto ó descompuesto.
  Aquestas seis personas referidas,
Como están en divinos puestos puestas,
Y en sacra religión constituidas,
  Tienen las alabanzas por molestas,
Que les dan por poetas, y holgarian

Llevar la loa sin el nombre á cuestas.
—¿Por qué, le pregunté, señor, porfían
Los tales á escribir y dar noticia
De los versos que paren y que crian?
También tiene el ingenio su codicia,
Y nunca la alabanza se desprecia;
Que al bueno se le debe de justicia.
Aquel que de poeta no se precia,
¿Para qué escribe versos, y los dice?
¿Por qué desdeña lo que más aprecia?
Jamás me contenté, ni satisfice
De hipócritas melindres. Llanamente
Quise alabanzas de lo que bien hice.
—Con todo, quiere Apolo, que esta gente
Religiosa se tenga aquí secreta,
Dijo el dios que presume de elocuente.
Oyóse en esto el son de una corneta,
Y un trapa, trapa, aparta, afuera, afuera,
Que viene un gallardísimo poeta.
Volví la vista y ví por la ladera
Del monte un postillón y un caballero
Correr, como se dice, á la lijera.
Servia el postillón de pregonero,
Mucho mas que de guia, á cuyas voces
En pié se puso el escuadrón entero.
Preguntóme Mercurio:—¿No conoces
Quién es este gallardo, este brioso?
Imagino que ya le reconoces.

—Bien, yo le respondí, que es el famoso
Gran Don Sancho de Leiva, cuya espada
Y pluma harán á Delio venturoso.
  Venceráse sin duda esta jornada
Con tal socorro;—y en el mismo instante,
Cosa que parecia imaginada,
  Otro favor no ménos importante
Para el caso temido se nos muestra;
De ingenio y fuerzas, y valor bastante.
  Una tropa gentil por la siniestra
Parte del monte descubrióse: ¡oh cielos,
Que dais de vuestra providencia muestra!
  Aquel discreto Juan de Basconcelos
Venía delante en un caballo bayo,
Dando á las musas lusitanas celos.
  Tras él el Capitan Pedro Tamayo
Venía, y aunque enfermo de la gota,
Fué al enemigo asombro, fué desmayo.
  Que por él se vió en fuga, y puesto en rota,
Que en los dudosos trances de la guerra
Su ingenio admira y su valor se nota.
  Tambien llegaron á la rica tierra,
Puestos debajo de una blanca seña,
Por la parte derecha de la sierra,
  Otros, de quien tomó luego reseña
Apolo; y era dellos el primero
El jóven Don Fernando de Lodeña,
  Poeta primerizo, insigne, empero

En cuyo ingenio Apolo deposita
Sus glorias para el tiempo venidero.
  Con majestad real, con inaudita
Pompa llegó y al pié del monte pára
Quien los bienes del monte solicita:
  El Licenciado fué Juan de Vergara
El que llegó, con quien la turba ilustre
En sus vecinos medios se repara.
  De Esculapio y de Apolo gloria ilustre,
Si no, dígalo el santo bien partido,
Y su fama la misma envidia ilustre.
  Con él fué con aplauso recebido
El docto Juan Antonio de Herrera,
Que puso en fil el desigual partido.
  ¡Oh, quién con lengua en nada lisonjera,
Sino con puro afecto en grande exceso,
Dos que llegaron alabar pudiera!
  Pero no es de mis hombros este peso
Fuéron los que llegaron los famosos,
Los dos maestros Calvo y Valdivieso.
  Luego se descubrió por los undosos
Llanos del mar una pequeña barca
Impelida de remos presurosos:
  Llegó, y al punto della desembarca
El gran Don Juan de Argote y de Gamboa
En compañía de Don Diego Abarca,
  Sugetos dinos de incesable loa;
y Don Diego Jimenez y de Enciso

Dió un salto á tierra desde la alta proa.
  En estos tres la gala y el aviso
Cifró cuanto de gusto en si contienen,
Como su ingenio y obras dan aviso.
  Con Juan Lopez del Valle otros dos vienen
Juntos allí, y es Pamones el uno,
Con quien las musas ojeriza tienen,
  Porque pone sus piés por do ninguno
Los puso, y con sus nuevas fantasías
Mucho más que agradable es importuno.
  De lejas tierras por incultas vías
Llegó el bravo irlandés Don Juan Bateo,
Jerjes nuevo en memoria en nuestros dias.
  Vuelvo la vista, á Mantuano veo,
Que tiene al gran Velasco por Mecenas,
Y ha sido acertadísimo su empleo.
  Dejarán estos dos en las ajenas
Tierras, como en las propias, dilatados
Sus nombres, que tú, Apolo, así lo ordenas.
  Por entre dos fructíferos collados
(¿Habrá quien esto crea, áunque lo entienda?)
De palmas y laureles coronados,
  El grave aspecto del Abad Maluenda
Pareció, dando al monte luz y gloria,
Y esperanzas de triunfo en la contienda.
  ¿Pero de qué enemigos la vitoria
No alcanzará un ingenio tan florido,
Y una bondad tan digna de memoria?

Don Antonio Gentil de Vargas, pido
Espacio para verte, que llegaste
De gala y arte y de valor vestido;
Y aunque de patria jinovés, mostraste
Ser en las musas castellanas doto,
Tanto que al escuadrón todo admiraste.
Desde el indio apartado, del remoto
Mundo llegó mi amigo Montesdoca,
Y el que anudó de Arauco el nudo roto.
Dijo Apolo á los dos:—Á entrambos toca
Defender esta vuestra rica estancia
De la canalla de vergüenza poca.
La cual de error armada y de arrogancia
Quiere canonizar y dar renombre
Inmortal y divino á la ignorancia;
Que tanto puede la afición que un hombre
Tiene á sí mismo, que ignorante siendo,
De buen poeta quiere alcanzar nombre.—
En esto otro milagro, otro estupendo
Prodigio se descubre en la marina,
Que en pocos versos declarar pretendo.
Una nave á la tierra tan vecina
Llegó, que desde el sitio donde estaba,
Se ve cuanto hay en ella y determina.
De más de cuatro mil salmas pasaba,
Que otros suelen llamarlas toneladas,
Ancha de vientre y de estatura brava.
Así como las naves que cargadas

Llegan de la oriental India á Lisboa,
Que son por las mayores estimadas;
  Esta llegó desde la popa á la proa
Cubierta de poetas, mercancía
De quien hay saca en Calicut y en Goa.
  Tomóle al rojo dios alferecía
Por ver la muchedumbre impertinente,
Que en socorro del monte le venía.
  Y en silencio rogó devotamente
Que el vaso naufragase en un momento
Al que gobierna el húmido tridente.
  Uno de los del número hambriento
Se puso en esto al borde de la nave,
Al parecer mohino y mal contento;
  Y en voz que ni de tierra ni süave
Tenia un solo adarme, gritando
(Dijo tal vez colérico, y tal grave)
  Lo que impaciente estuve yo escuchando,
Porque vi sus razones ser saetas,
Que iban mi alma y corazón clavando.
  —Oh tú, dijo, traidor, que los poetas
Canonizaste de la larga lista,
Por causas y por vias indirectas:
  ¿Dónde tenias, Magancés, la vista
Aguda de tu ingenio, que así ciego
Fuiste tan mentiroso coronista?
  Yo te confieso, oh barbaro, y no niego
Que algunos de los muchos que escogiste

Sin que el respeto te forzase ó el ruego.
  En el debido punto los pusiste;
Pero con los demás sin duda alguna
Pródigo de alabanzas anduviste.
  Has alzado á los cielos la fortuna,
De muchos que en el centro del olvido
Sin ver la luz del sol ni de la luna,
  Yacían: ni llamado, ni escogido
Fué el gran pastor de Ideria, el gran BERNARDO
Que DE LA VEGA tiene el apellido.
  Fuíste envidioso, descuidado y tardo,
Y á las ninfas de Henares y pastores
Como á enemigo les tirastes un dardo.
  Y tienes tú poetas tan peores
Que estos en tu rebaño, que imagino
Que han de sudar si quieren ser mejores.
  Que si este agravio no me turba el tino,
Siete trovistas desde aquí diviso,
A quien suelen llamar de torbellino,
  Con quien la gala, discreción y aviso
Tienen poco que ver, y tú los pones
Dos leguas más allá del paraíso.
  Estas quimeras, estas invenciones
Tuyas, te han de salir al rostro un día,
Si más no te mesuras y compones.—
  Esta amenaza y gran descortesía
Mi blando corazón llenó de miedo
Y dió al traves con la paciencia mía.

Y volviéndome á Apolo con denuedo
Mayor del que esperaba de mis años,
Con voz turbada y con semblante acedo,
Le dije:—Con bien claros desengaños
Descubro, que el servirte me granjea
Presentes miedos de futuros daños.
Haz, oh señor, que en público se lea
La lista que Cilenio llevó á España,
Porque mi culpa poca aquí se vea.
Si tu deidad en escoger se engaña,
Y yo sólo aprobé lo que él me dijo,
¿Por qué este simple contra mí se ensaña?
Con justa causa y con razón me aflijo,
De ver cómo estos bárbaros se inclinan
A tenerme en temor duro y prolijo.
Unos, porque los puse, me abominan;
Otros, porque he dejado de ponellos,
De darme pesadumbre determinan.
Yo no sé cómo me avendré con ellos:
Los puestos se lamentan, los no puestos
Gritan, yo tiemblo destos y de aquellos.
Tú, señor, que eres dios, dales los puestos
Que piden sus ingenios: llama y nombra
Los que fueren más hábiles y prestos.
Y porque el turbio miedo que me asombra,
No me acabe, acabada esta contienda,
Cúbreme con tu manto y con tu sombra.
O ponme una señal por do se entienda

Que soy hechura tuya y de tu casa:
Y así no habrá ninguno que me ofenda.—
—Vuelve la vista y mira lo que pasa,—
Fué de Apolo enojado la respuesta,
Que ardiendo en ira el corazón le abrasa.
Volvíla, y vi la más alegre fiesta
Y la más desdichada y compasiva,
Que el mundo vió, ni áun la verá cual esta.
Más no se espere que yo aquí la escriba,
Sino en la parte quinta, en quien espero
Cantar con voz tan entonada y viva,
Que piensen que soy cisne, y que me muero.

CAPITULO V

Oyó el señor del húmido tridente
Las plegarias de Apolo, y escuchólas
Con alma tierna y corazón clemente.
Hizo de ojo, y dió del pié á las olas,
Y sin que lo entendiesen los poetas
En un punto hasta el cielo levantólas,
Y él por ocultas vías y secretas
Se agazapó debajo del navío,
Y usó con él de sus traidoras tretas.
Hirió con el tridente en lo vacío
Del buco, y el estómago le llena
De un copioso corriente amargo río.
Advertido el peligro, al aire suena
Una confusa voz, la cual resulta
De otras mil que el temor forma y la pena.
Poco á poco el bajel pobre se oculta
En las entrañas del cerúleo y cano
Vientre, que tantas ánimas sepulta.
Suben los llantos por el aire vano
De aquellos miserables, que suspiran
Por ver su irreparable fin cercano.

Trepan y suben por las jarcias, miran
Cuál del navío es el lugar más alto,
Y en él muchos se apiñan y retiran.
La confusión, el miedo, el sobresalto
Les turba los sentidos, que imaginan
Que desta á la otra vida es grande el salto.
Con ningún medio ni remedio atinan;
Pero creyendo dilatar su muerte,
Algun tanto á nadar se determinan.
Saltan muchos al mar, de aquella suerte
Que al charco de la orilla saltan ranas
Cuando el miedo ó el ruido las advierte.
Hienden las olas del romperse canas,
Menudean las piernas y los brazos,
Aunque enfermos están, y ellas no sanas.
Y en medio de tan grandes embarazos
La vista ponen en la amada orilla,
Deseosa de darla mil abrazos.
Y sé yo bien, que la fatal cuadrilla
Antes que allí, holgara de hallarse
En el Compas famoso de Sevilla.
Que no tienen por gusto el ahogarse,
Discreta gente al parecer en esto;
Pero valióles poco el esforzarse;
Que el padre de las aguas echó el resto
De su vigor, mostrándose en su carro
Con rostro airado y ademan funesto.
Cuatro delfines, cada cual bizarro,

Con cuerdas hechas de tejidas ovas
Le tiraban con furia y con desgarro.
  Las ninfas en sus húmidas alcobas
Sienten tu rabia, oh vengativo nume,
Y de sus rostros la color les robas.
  El nadante poeta que presume
Llegar á la ribera defendida,
Sus ayes pierde y su tesón consume;
  Que su corta carrera es impedida
De las agudas puntas del tridente,
Entónces fiero y áspero homicida.
  Quien ha visto muchacho diligente
Que en goloso á sí mesmo sobrepuja,
Que no hay comparación más conveniente,
  Picar en el sombrero la granuja,
Que el hallazgo le puso allí ó la sisa,
Con punta alfileresca ó ya de aguja;
  Pues no con menor gana, ó menor prisa
Poetas ensartaba el nume airado
Con gusto infame y con dudosa risa.
  En carro de cristal venía sentado,
La barba luenga y llena de marisco,
Con dos gruesas lampreas coronado.
  Hacian de sus barbas firme aprisco
La almeja, el morsillon, pulpo y cangrejo,
Cual le suelen hacer en peña ó risco.
  Era de aspecto venerable y viejo;
De verde, azul y plata era el vestido,

Robusto al parecer y de buen rejo;
Aunque como enojado, denegrido
Se mostraba en el rostro; que la saña
Así turba el color como el sentido.
Airado contra aquellos mas se ensaña
Que nadan más, y sáleles al paso,
Juzgando á gloria tan cobarde hazaña.
En esto, ¡oh nuevo y milagroso caso,
Dino de que se cuente poco á poco,
Y con los versos de Torcato Taso!
Hasta aquí no he invocado, ahora invoco
Vuestro favor, oh musas, necesario
Para los altos puntos en que toco.
Descerrajad vuestro más rico armario,
Y el aliento me dad que el caso pide,
No humilde, no ratero, ni ordinario.
Las nubes hiende, el aire pisa y mide
La hermosa Vénus Acidalia, y baja
Del cielo, que ninguno se lo impide.
Traia vestida de pardilla raja
Una gran saya entera, hecha al uso,
Que le dice muy bien, cuadra y encaja.
Luto por su Adónis se le puso,
Luego que el gran colmillo del berraco
Á atravesar sus ingles se dispuso.
Á fe que si el mocito fuera Maco,
Que él guardara la cara al colmilludo,
Que dió á su vida y su belleza saco.

Oh valiente garzón, más que sesudo,
¿Cómo estando avisado, tu mal tomas,
Entrando en trance tan horrendo y crudo?
En esto las mansísimas palomas
Que el carro de la diosa conducían
Por el llano del mar y por las lomas,
Por unas y otras partes discurrían,
Hasta que con Neptuno se encontraron,
Que era lo que buscaban y querían.
Los dioses que se ven, se respetaron,
Y haciendo sus zalemas á lo moro,
De verse juntos en extremo holgaron.
Guardáronse real grave decoro,
Y procuró Ciprina en aquel punto
Mostrar de su belleza el gran tesoro.
Ensanchó el verdugado y dióle el punto
Con ciertos puntapiés que fueron coces
Para el dios que las vió y quedó difunto.
Un poeta llamado Don Quincoces
Andaba semivivo en las saladas
Ondas, dando gemidos y no voces.
Con todo, dijo en mal articuladas
Palabras:—Oh señora, la de Pafo,
Y de las otras dos islas nombradas,
Muévate á compasión el verme gafo
De piés y manos, y que ya me ahogo,
En otras linfas que las del Garrafo.
Aquí será mi pira, aquí mi rogo,

Aquí será QUINCOCES sepultado,
Que tuvo en su crianza pedagogo.—
Esto dijo el mezquino, esto escuchado
Fué de la diosa con ternura tanta,
Que volvió á componer el verdugado.
Y luego en pie y piadosa se levanta,
Y poniendo los ojos en el viejo,
Desembudó la voz de la garganta.
Y con cierto desdén y sobrecejo,
Entre enojada y grave y dulce, dijo
Lo que al húmido dios tuvo perplejo.
Y aunque no fué su razonar prolijo,
Todavía le trujo á la memoria
Hermano de quién era y de quién hijo.
Representóle cuán pequeña gloria
Era llevar de aquellos miserables
El triunfo infausto y la crüel vitoria.
El dijo:—Si los hados inmudables
No hubieran dado la fatal sentencia
Destos en su ignorancia siempre estables,
Una brizna no más de tu presencia
Que viera yo, bellísima señora,
Fuera de mi rigor la resistencia.
Mas ya no puede ser, que ya la hora
Llegó donde mi blanda y mansa mano
Ha de mostrar que es dura y vencedora.
Que estos de proceder siempre inhumano,
En sus versos han dicho cien mil veces:

Azotando las aguas del mar cano.
  —Ni azotando, ni viejo me pareces,
Replicó Vénus.—y él le dijo á ella:
—Puesto que me enamoras, no enterneces;
  Que de tal modo la fatal estrella
Influye destos tristes, que no puedo
Dar felice despacho á tu querella.
  Del querer de los hados sólo un dedo
No me puedo apartar, ya tú lo sabes,
Ellos han de acabar, y ha de ser cedo,
  —Primero acabarás que los acabes,
Le respondió madama, la que tiene
De tantas voluntades puerta y llaves;
  Que aunque el hado feroz su muerte ordene,
El modo no ha de ser á tu contento,
Que muchas muertes el morir contiene.—
  Turbóse en esto el líquido elemento,
De nuevo renovóse la tormenta,
Sopló más vivo y más apriesa el viento.
  La hambrienta mesnada, y no sedienta,
Se rinde al huracán recien venido,
Y por más no penar muere contenta.
  ¡Oh raro caso y por jamás oido
Ni visto! ¡Oh nuevas y admirables trazas
De la gran reina obedecida en Gnido!
  En un instante el mar, de calabazas
Se vió cuajado, algunas tan potentes,
Que pasaban de dos y aun de tres brazas.

También hinchados odres y valientes,
Sin deshacer del mar la blanca espuma,
Nadaban de mil talles diferentes.
Esta trasmutación fué hecha en suma
Por Vénus de los lánguidos poetas,
Porque Neptuno hundirlos no presuma.
El cual le pidió á Febo sus saetas,
Cuya arma arrojadiza desde aparte
Á Vénus defraudara de sus tretas.
Negóselas Apolo, y veis do parte
Enojado el vejón con su tridente,
Pensándolos pasar de parte á parte;
Mas este se resbala, aquel no siente
La herida, y dando esguince se desliza,
Y él queda de la cólera impaciente.
En esto Bóreas su favor atiza,
Y lleva antecogida la manada,
Que con la de los cerdos simboliza.
Pidióselo la diosa aficionada
Á que vivan poetas zarabandos,
De aquellos de la saeta almidonada;
De aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,
De los que por momentos se dividen
En varias sotas y en contrarios bandos.
Los contrapuestos vientos se comiden
Á complacer la bella rogadora,
Y con un solo aliento la mar miden:
Llevando la piara gruñidora,

En calabazas y odres convertida,
Á los reinos contrarios del aurora.
  Desta dulce semilla referida,
España, verdad cierta, tanto abunda,
Que es por ella estimada y conocida.
  Que aunque en armas y en letras es fecunda
Más que cuantas provincias tiene el suelo,
Su gusto en parte en tal semilla funda.
  Después desta mudanza que hizo el cielo,
Ó Vénus, ó quien fuese, que no importa
Guardar puntualidad como yo suelo,
  No veo calabaza ó luenga ó corta,
Que no imagine que es algún poeta
Que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.
  Pues que cuando veo un cuero (¡oh mal discreta
Y vana fantasía, así engañada,
Que á tanta liviandad estas sujeta!)
  Pienso que el piezgo de la boca atada
Es la faz del poeta, transformado
En aquella figura mal hinchada.
  Y cuando encuentro algún poeta honrado,
Digo, poeta firme y valedero,
Hombre vestido bien y bien calzado,
  Luego se me figura ver un cuero,
Ó alguna calabaza, y desta suerte
Entre contrarios pensamientos muero;
  Y no sé si lo yerro ó si lo acierte,
En que á las calabazas y á los cueros,

Y á los poetas trate de una suerte.
Cernícalos que son lagartijeros
No esperen de gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.
Püestas en paz ya las diferencias
De Delio, y los poetas transformados
En tan vanas y huecas apariencias,
Los mares y los vientos sosegados,
Sumergióse Neptuno mal contento
En sus palacios de cristal labrados.
Las mansísimas aves por el viento
Volaron, y á la bella Cipriana
Pusieron en su reino á salvamento.
Y en señal que del triunfo quedó ufana,
Lo que hasta allí nadie acabó con ella,
Del luto se quitó la saboyana,
Quedando en cueros tan briosa y bella,
Que se supo después que Marte anduvo
Todo aquel día y otros dos tras ella.
Todo el cual tiempo el escuadrón estuvo
Mirando atento la fatal ruina
Que la canalla transformada tuvo.
Y viendo despejada la marina,
Apolo, del socorro mal venido,
De dar fin al gran caso determina.
Pero en aquel instante un gran ruido
Se oyó, con que la turba se alboroza,
Y pone vista alerta y presto oído.

Y era quien le formaba una carroza
Rica, sobre la cual venía sentado
El grave DON LORENZO DE MENDOZA,
De su felice ingenio acompañado,
De su mucho valor y cortesía,
Joyas inestimables, adornado.
PEDRO JUAN DE REJAULE le seguía
En otro coche, insigne valenciano
Y grande defensor de la poesía.
Sentado viene á su derecha mano
JUAN DE SOLIS, mancebo generoso,
De raro ingenio, en verdes años cano,
Y JUAN DE CARVAJAL, dotor famoso,
Les hace tercio y no por ser pesado
Dejan de hacer su curso presuroso.
Porque el divino ingenio al levantado
Valor de aquestos tres que el coche encierra,
No hay impedirle monte ni collado.
Pasan volando la empinada sierra,
Las nubes tocan, llegan casi al cielo,
Y alegres pisan la famosa tierra.
Con este mismo honroso y grave celo,
BARTOLOMÉ DE MOLA Y GABRIEL LASO
Llegaron á tocar del monte el suelo.
Honra las altas cimas del Parnaso
DON DIEGO, que de SILVA tiene el nombre,
Y por ellas alegre tiende el paso.
Á cuyo ingenio y sin igual renombre

Toda ciencia se inclina y le obedece,
Y le levanta á sér más que de hombre.
Dilátanse las sombras, y descrece
El día, y de la noche el negro manto
Guarnecido de estrellas aparece.
Y el escuadrón que había esperado tanto
En pie, se rinde al sueño perezoso
De hambre y sed, y de mortal quebranto.
Apolo entónces poco luminoso,
Dando hasta los antípodas un brinco,
Siguió su accidental curso forzoso.
Pero primero licenció á los cinco
Poetas titulados á su ruego,
Que lo pidieron con extraño ahinco.
Por parecerles risa, burla y juego
Empresas semejantes; y así Apolo
Condescendió con sus deseos luego;
Que es el galan de Dafne único y solo
En usar cortesía sobre cuantos
Descubre el nuestro y el contrario polo.
Del lóbrego lugar de los espantos
Sacó su hisopo el languido Morfeo,
Con que ha rendido y embocado á tantos.
Y del licor que dicen que es Leteo,
Que mana de la fuente del Olvido,
Los párpados bañó á todos arreo.
El más hambriento se quedó dormido.
Dos cosas repugnantes, hambre y sueño.

Privilegio á poetas concedido,
Yo quedé en fin dormido como un leño,
Llena la fantasía de mil cosas,
Que de contallas mi palabra empeño,
Por más que sean en sí dificultosas.

———

CAPÍTULO VI

De una de tres causas los ensueños
Se causan, ó los sueños, que este nombre
Les dan los que del bien hablar son dueños.
Primera, de las cosas de que el hombre
Trata más de ordinario: la segunda
Quiere la medicina que se nombre,
Del humor que en nosotros más abunda:
Toca en revelaciones la tercera,
Que en nuestro bien más que las dos redunda
Dormí, soñé, y el sueño la tercera
Causa le dió principio suficiente
A mezclar el ahito y la dentera.
Sueña el enfermo, á quien la fiebre ardiente
Abrasa las entrañas, que en la boca
Tiene de las que ha visto alguna fuente.
Y el labio al fugitivo cristal toca,
Y el dormido consuelo imaginado
Crece el deseo y no la sed apoca.
Pelea el valentísimo soldado
Dormido, casi al modo que despierto
Se mostró en el combate fiero armado.

Acude el tierno amante á su concierto,
Y en la imaginación dormido llega
Sin padecer borrasca á dulce puerto.
El corazón el avariento entrega
En la mitad del sueño á su tesoro,
Que el alma en todo tiempo no le niega.
Yo, que siempre guardé el comun decoro
En las cosas dormidas y despiertas,
Pues no soy troglodita ni soy moro;
De par en par del alma abrí las puertas,
Y dejé entrar el sueño por los ojos
Con premisas de gloria y gusto ciertas.
Gocé durmiendo cuatro mil despojos,
Que los conté sin que faltase alguno,
De gustos que acudieron á manojos.
El tiempo, la ocasión, el oportuno
Lugar correspondían al efeto,
Juntos y por sí solo cada uno.
Dos horas dormí, y más á lo discreto,
Sin que imaginaciones ni pavores
El celebro tuviesen inquïeto.
La suelta fantasía entre mil flores
Me puso de un pradillo, que exhalaba
De Pancaya y Sabea los olores.
El agradable sitio se llevaba
Tras sí la vista, que durmiendo. viva,
Mucho más que despierta se mostraba.
Palpable ví, mas no sé si lo escriba,

Que á las cosas que tienen de imposibles
Siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.
  Las que tienen vislumbre de posibles,
De dulces, de süaves y de ciertas
Explican mis borrones apacibles.
  Nunca á disparidad abre las puertas
Mi corto ingenio, hállalas contino
De par en par la consonancia abiertas.
  ¿Cómo puede agradar un desatino
Si no es que de propósito se hace,
Mostrándole el donaire su camino?
  Que entónces la mentira satisface
Cuando verdad parece, y está escrita
Con gracia que al discreto y simple aplace.
  Digo, volviendo al cuento, que infinita
Gente vi discurrir por aquel llano,
Con algazara placentera y grita,
  Con hábito decente y cortesano
Algunos, á quien dió la hipocresía
Vestido pobre, pero limpio y sano.
  Otros de la color que tiene el día
Cuando la luz primera se aparece
Entre las trenzas de la aurora fría.
  La varïada primavera ofrece
De sus varias colores la abundancia,
Con que á la vista el gusto alegre crece,
  La prodigalidad, la exorbitancia
Campean juntas por el verde prado

Con galas que descubren su ignorancia.
  En un trono del suelo levantado
(Do el arte á la materia se adelanta,
Puesto que es de oro y marfil labrado)
  Una doncella vi, desde la planta
Del pie hasta la cabeza así adornada,
Que al verla admira y el oirla encanta.
  Estaba en él con majestad sentada,
Giganta al parecer en la estatura,
Pero aunque grande, bien proporcionada.
  Parecía mayor su hermosura
Mirada desde léjos, y no tanto
Si de cerca se ve su compostura:
  Lleno de admiración, colmo de espanto,
Puse en ella los ojos, y vi en ella
Lo que en mis versos desmayados canto.
  Yo no sabré afirmar si era doncella,
Aunque he dicho que sí, que en estos casos
La vista más aguda se atropella.
  Son por la mayor parte siempre escasos
De razón los juïcios maliciosos
En juzgar rotos los enteros vasos.
  Altaneros sus ojos y amorosos
Se mostraban con cierta mansedumbre,
Que los hacía en todo extremo hermosos.
  Ora fuese artificio, ora costumbre,
Los rayos de su luz tal vez crecían,
Y tal vez daban encogida lumbre.

Dos ninfas á sus lados asistían,
De tan gentil donaire y apariencia,
Que miradas, las almas suspendían.
De la del alto trono en la presencia
Desplegaban sus labios en razones,
Ricas en suavidad, pobres en ciencia.
Levantaban al cielo sus blasones,
Que estaban por ser pocos ó ningunos,
Escritos del olvido en los borrones.
Al dulce murmurar, al oportuno
Razonar de las dos, la del asiento,
Que en belleza jamás le igualó alguno,
Luego se puso en pié, y en un momento
Me pareció que dió con la cabeza
Más allá de las nubes, y no miento,
Y no perdió por esto su belleza,
Ántes mientras más grande, se mostraba
Igual su perfección á su grandeza,
Los brazos de tal modo dilataba,
Que do do nace adonde muere el día
Los opuestos extremos alcanzaba.
La enfermedad llamada hidropesía
Así le hincha el vientre, que parece
Que todo el mar caber en él podía.
Al modo destas partes así crece
Toda su compostura; y no por esto,
Cual dije, su hermosura desfallece.
Yo atónito esperaba ver el resto

De tan grande prodigio, y diera un dedo
Por saber la verdad segura, y presto.
  Uno, y no sabré quién, bien claro y quedo
Al oído me habló, y me dijo.—Espera,
Que yo decirte lo que quieres puedo.
  Esta que ves, que crece de manera,
Que apénas tiene lugar do quepa,
Y aspira en la grandeza á ser primera;
  Esta que por las nubes sube y trepa
Hasta llegar al cerco de la luna
(Puesto que el modo de subir no sepa),
  Es la que confiada en su fortuna
Piensa tener de la inconstante rueda
El eje quedo y sin mudanza alguna.
  Esta que no halla mal que le suceda,
Ni le teme, atrevida y arrogante,
Pródiga siempre, venturosa y leda,
  Es la que con disinio extravagante
Dió en crecer poco á poco hasta ponerse,
Cual ves, en estatura de gigante.
  No deja de crecer por no atreverse
Á emprender las hazañas más notables,
Adonde puedan sus extremos verse.
  ¿No has oido decir los memorables
Arcos, anfiteatros, templos, baños,
Termas, pórticos, muros admirables
  Que á pesar y despecho de los años,
Áun duran sus reliquias y entereza,

Haciendo al tiempo y á la muerte engaños?
  Yo respondí:—Por mi, ninguna pieza
Desas que has dicho, dejo de tenella
Clavada y remachada en la cabeza.
  Tengo el sepulcro de la viuda bella,
Y el coloso de Rodas allí junto,
Y la lanterna que sirvió de estrella.
  Pero vengamos de quién es al punto
Esta, que lo deseo.—Haráse luego,—
Me respondió la voz en bajo punto.
  Y prosiguió, diciendo:—Á no estar ciego
Hubieras visto ya quién es la dama;
Pero en fin, tienes el ingenio lego.
  Esta que hasta los cielos se encarama,
Preñada, sin saber cómo, de viento,
Es hija del Deseo y de la Fama.
  Esta fué la ocasión y el instrumento
En todo y parte de que el mundo viese
No siete maravillas, sino ciento.
  Corto número es ciento, aunque dijese
Cien mil y más millones; no imagines
Que en la cuenta del número excediese.
  Esta condujo á memorables fines
Edificios que sientan en la tierra,
Y tocan de las nubes los confines.
  Esta tal vez ha levantado guerra,
Donde la paz süave reposaba,
Que en límites estrechos no se encierra.

Cuando Mucio en las llamas abrasaba
El atrevido fuerte brazo y fiero,
Esta el incendio horrible resfriaba.
Esta arrojó al romano caballero
En el abismo de la ardiente cueva,
De limpio armado, y de luciente acero.
Esta tal vez con maravilla nueva
(De su ambiciosa condición llevada)
Mil imposibles atrevida aprueba.
Desde la ardiente Libia hasta la helada
Citia lleva la fama su memoria,
En grandïosas obras dilatada.
En fin, ella es la altiva Vanagloria,
Que en aquellas hazañas se entremete,
Que llevan de los siglos la vitoria.
Ella misma á sí misma se promete
Triunfos y gustos, sin tener asida
A la calva Ocasión por el copete.
Su natural sustento, su bebida,
Es aire, y así crece en un instante
Tanto, que no hay medida á su medida.
Aquellas dos del plácido semblante
Que tiene á sus dos lados, son aquellas
Que sirven á la máquina de Atlante.
Su delicada voz, sus luces bellas,
Su humildad aparente y las lozanas
Razones que el amor se cifra en ellas,
Las hacen más divinas que no humanas.

Y son (con paz escucha y con paciencia)
La Adulación y la Mentira hermanas.
Estas están contino en su presencia,
Palabras ministrándole al oído,
Que tienen de prudentes aparencia.
Y ella cual ciega del mejor sentido,
No ve que entre las flores de aquel gusto,
El ázpid ponzoñoso está escondido.
Y así arrojada con deseo injusto,
En cristalino vaso prueba y bebe
El veneno mortal, sin ningun susto.
Quien más presume de advertido, pruebe
Á dejarse adular, verá cuán presto
Pasa su gloria como el viento leve.—
Esto escuché, y en escuchando aquesto,
Dió un estampido tal la Gloria vana,
Que dió á mi sueño fin dulce y molesto.
Y en esto descubrióse la mañana,
Vertiendo perlas y esparciendo flores,
Lozana en vista y en virtud lozana.
Los dulces pequeñuelos ruiseñores
Con cantos no aprendidos le decían,
Enamorados della, mil amores.
Los silgueros el canto repetían,
Y las diestras calandrias entonaban
La música que todos componían.
Unos del escuadrón priesa se daban,
Porque no los hallase el dios del día

En los forzosos actos en que estaban.
  Y luego se asomó su señoría
Con una cara de tudesco roja,
Por los balcones de la aurora fría.
  En parte gorda, en parte flaca y floja,
Como quien teme el esperado trance,
Donde verse vencido se le antoja.
  En propio toledano y buen romance
Les dió los buenos días cortesmente,
Y luego se aprestó al forzoso lance.
  Y encima de un peñasco puesto enfrente
Del escuadrón, con voz sonora y grave
Esta oración les hizo de repente:
  —¡Oh espíritus felices, donde cabe
La gala del decir, la sutileza
De la ciencia más docta que se sabe;
  Donde en su propia natural belleza
Asiste la hermosa poësía
Entera de los piés á la cabeza!
  No consintais por vida vuestra y mía
(Mirad con qué llaneza Apolo os habla),
Que triunfe esta canalla que porfía,
  Esta canalla, digo, que se endiabla,
Que por darles calor su muchedumbre,
Ya su ruina ó ya la nuestra entabla.
  Vosotros de mis ojos gloria y lumbre,
Faroles de mi luz de asiento mora,
Ya por naturaleza ó por costumbre,

¿Habeis de consentir que esta embaidora,
Hipócrita gentalla se me atreva,
De tantas necedades inventora?
Haced famosa y memorable prueba
De vuestro gran valor en este hecho,
Que á su castigo y vuestra gloria os lleva.
De justa indignación armad el pecho,
Acometed intrépidos la turba,
Ociosa, vagabunda y sin provecho.
No se os dé nada, no se os dé una burba
(Moneda berberisca, vil y baja)
De aquesta gente, que la paz nos turba.
El són de más de una templada caja,
Y el del pífano triste, y la trompeta,
Que la cólera sube, y flema abaja,
Así os incite con virtud secreta,
Que despierte los ánimos dormidos
En la fación que tanto nos aprieta.
Ya retumba, ya llega á mis oidos
Del escuadrón contrario el rumor grande,
Formado de confusos alaridos.
Ya es menester, sin que os lo ruegue ó mande,
Que cada cual como guerrero experto,
Sin que por su capricho se desmande,
La órden guarde y militar concierto,
Y acuda á su deber como valiente
Hasta quedar, ó vencedor ó muerto.
En esto por la parte de poniente

Pareció el escuadrón casi infinito
De la bárbara, ciega y pobre gente
Alzan los nuestros al momento un grito
Alegre, y no medroso; y gritan, arma:
Arma resuena todo aquel distrito;
Y aunque mueran, correr quieren al arma

CAPÍTULO VII

Tú, belígera musa, tú, que tienes
La voz de bronce y de metal la lengua,
Cuando á cantar del fiero Marte vienes:
Tú, por quien se aniquila siempre y mengua
El gran género humano: tú, que puedes
Sacar mi pluma de ignorancia y mengua:
Tú, mano rota, y larga de mercedes,
Digo en hacellas; una aquí te pido,
Que no hará que menos rica quedes.
La soberbia y maldad, el atrevido
Intento de una gente mal mirada
Ya se descubre con mortal ruïdo.
Dame una voz al caso acomodada,
Una sotil y bien cortada pluma,
No de afición, ni de pasión llevada,
Para que pueda referir en suma
Con purísimo y nuevo sentimiento,
Con verdad clara y entereza suma,
El contrapuesto y desigual intento
De uno y otro escuadrón, que ardiendo en ira
Sus banderas descoge al vago viento.

El del bando católico, que mira
Al falso y grande al pié del monte puesto,
Que de subir al alta cumbre aspira;
Con paso largo y ademán compuesto,
Todo el monte coronan, y se ponen
A la furia, que en loca ha echado el resto.
Las ventajas tantean, y disponen
Los ánimos valientes al asalto,
En quien su gloria y su venganza ponen.
De rabia lleno y de paciencia falto
Apolo, su bellísimo estandarte
Mandó al momento levantar en alto.
Arbolóle un marqués, que el propio Marte
Su briosa presencia representa
Naturalmente, sin industria y arte.
Poeta celebérrimo y de cuenta,
Por quien y en quien Apolo soberano
Su gloria y gusto, y su valor aumenta.
Era la insinia un cisne hermoso y cano,
Tan al vivo pintado, que dijeras,
La voz despide alegre al aire vano;
Siguen al estandarte sus banderas
De gallardos alféreces llevadas,
Honrosas por no estar todas enteras:
Las cajas á lo bélico templadas
Al mílite más tardo vuelven presto.
De voces de metal acompañadas.
Jerónimo de Mora llegó en esto,

Pintor excelentísimo y poeta,
Apeles y Virgilio en un supuesto.
Y con la autoridad de una jineta
(Que de ser capitán le daba nombre)
Al caso acude y á la turba aprieta.
Y porque más se turbe y más se asombre
El enemigo desigual y fiero,
Llegó el gran BIEDMA de inmortal renombre.
Y con él GASPAR DE AVILA, primero
Secuaz de Apolo, á cuyo verso y pluma
Iciar puede envidiar, temer Sincero.
Llegó JUAN DE MEZTANZA, cifra y suma
De tanta erudición, donaire y gala,
Que no hay muerte ni edad que la consuma.
Apolo le arrancó de Guatimala,
Y le trujo en su ayuda para ofensa
De la canalla en todo extremo mala.
Hacer milagros en el trance piensa
CEPEDA, y acompáñale MEJÍA,
Poetas dinos de alabanza inmensa.
Clarísimo esplendor de Andalucía,
Y de la Mancha el sin igual GALINDO
Llegó con majestad y bizarría.
De la alta cumbre del famoso Pindo
Bajaron tres bizarros lusitanos,
A quien mis alabanzas todas rindo.
Con prestos piés y con valientes manos
Con FERNANDO CORREA DR LA CERDA.

Pisó RODRIGUEZ LOBO monte y llanos.
  Y porque Febo su razón no pierda,
El grande DON ANTONIO DE ATAIDE
Llegó con furia alborotada y cuerda.
  Las fuerzas del contrario ajusta y mide
Con las suyas Apolo, y determina
Dar la batalla, y la batalla pide.
  El ronco son de más de una bocina,
Instrumento de caza y de la guerra,
De Febo á los oídos se avecina.
  Tiembla debajo de los piés la tierra
De infinitos poetas oprimida,
Que dan asalto á la sagrada sierra.
  El fiero general de la atrevida
Gente, que trae un cuervo en su estandarte,
Es ARBOLÁNCHEZ, muso por la vida.
  Puestos estaban en la baja parte,
Y en la cima del monte frente á frente
Los campos de quien tiembla el mismo Marte.
  Cuando una, al parecer discreta gente,
Del católico bando al enemigo
Se pasó, como en número de veinte.
  Yo con los ojos su carrera sigo,
Y viendo el paradero de su intento,
Con voz turbada al sacro Apolo digo:
  —¿Qué prodigio es aqueste? ¿Qué portento?
O por mejor decir, ¿qué mal agüero,
Que así me corta el brío y el aliento?

Aquel tránsfuga que partió primero,
No solo por poeta le tenía,
Pero también por bravo churrullero.
Aquel lijero que tras él corría,
En mil corrillos en Madrid le he visto
Tiernamente hablar en la poesía.
Aquel tercero que partió tan listo,
Por satírico, necio y por pesado,
Sé que de todos fué siempre malquisto.
No puedo imaginar cómo ha llevado
Mercurio estos poetas en su lista.
—Yo fuí, respondió Apolo, el engañado:
Que de su ingenio la primera vista
Indicios descubrió que serían buenos
Para facilitar esta conquista.
—Señor, repliqué yo, creí que ajenos
Eran de las deidades los engaños,
Digo, engañarse en poco más ni ménos.—
La prudencia que nace de los años,
Y tiene por maestra la experiencia,
Es la deidad que advierte destos daños.
Apolo respondió: —Por mi conciencia,
Que no te entiendo,—algo turbado y triste
Por ver de aquellos veinte la insolencia.
Tú, sardo militar, LOFRASO, fuiste
Uno de aquellos bárbaros corrientes,
Que del contrario el número creciste.
Mas no por esta mengua los valientes

Del escuadrón católico temieron,
Poetas madrigados y excelentes.
  Antes tanto coraje concibieron
Contra los fugitivos corredores,
Que riza en ellos y matanza hicieron.
  ¡Oh falsos y malditos trovadores,
Que pasais plaza de poetas sabios,
Siendo la hez de los que son peores!
  Entre la lengua, paladar y labios
Anda contino vuestra poësía.
Haciendo á la virtud cien mil agravios.
  Poetas de atrevida hipocresía,
Esperad, que de vuestro acabamiento
Ya se ha llegado el temeroso día.
  De las confusas voces el concento
Confuso por el aire resonaba
De espesas nubes condensando el viento.
  Por la falda del monte gateaba
Una tropa poética, aspirando
A la cumbre, que bien guardada estaba,
  Hacían hincapié de cuando en cuando,
Y con hondas de estallo y con ballestas
Iban libros enteros disparando.
  No del plomo encendido las funestas
Balas pudieran ser dañosas tanto,
Ni al disparar pudieran ser más prestas.
  Un libro mucho más duro que un canto
A Jusepe de Vargas dió en las sienes,

Causándole terror, grima y espanto.
  Gritó, y dijo á un soneto:—Tú, que vienes
De satírica pluma disparado,
¿Por qué el infame curso no detienes?—
  Y cual perro con piedras irritado,
Que deja al que las tira, y va tras ellas,
Cual si fueran la causa del pecado,
  Entre los dedos de sus manos bellas
Hizo pedazos al soneto altivo,
Que amenazaba al sol y á las estrellas.
  Y díjole Cilenio:—Oh rayo vivo
Donde la justa indignación se muestra
En un grado y valor superlativo,
  La espada toma en la temida diestra,
Y arrójate valiente y temerario
Por esta parte, que el peligro adiestra.
  En esto del tamaño de un breviario
Volando un libro por el aire vino,
De prosa y verso que arrojó el contrario.
  De verso y prosa el puro desatino
Nos dió á entender que de ARBOLÁNCHES eran
Las Avidas pesadas de contino.
  Unas rimas llegaron, que pudieran
Desbaratar el escuadrón cristiano,
Si acaso vez segunda se imprimieran.
  Dióle á Mercurio en la derecha mano
Una sátira antigua licenciosa,
De estilo agudo, pero no muy sano.

De una intrincada y mal compuesta prosa,
De un asunto sin jugo y sin donaire,
Cuatro novelas disparó PEDROSA.
Silbando recio, y desgarrando el aire,
Otro libro llegó de rimas solas
Hechas al parecer como al desgaire.
Viólas Apolo, y dijo, cuando viólas:
—Dios perdone á su autor, y á mí me guarde
De algunas rimas sueltas españolas.—
Llegó el PASTOR DE IBERIA, aunque algo tarde,
Y derribó catorce de los nuestros,
Haciendo de su ingenio y fuerza alarde.
Pero dos valerosos, dos maestros,
Dos lumbreras de Apolo, dos soldados,
Unicos en hablar, y en obrar diestros,
Del monte puestos en opuestos lados
Tanto apretaron á la turba multa,
Que volvieron atrás los encumbrados.
Es GREGORIO DE ANGULO el que sepulta
La canalla, y con él PEDRO DE SOTO,
De prodigioso ingenio y vena culta.
Doctor aquel, estotro único y doto
Licenciado, de Apolo ambos secuaces,
Con raras obras y ánimo devoto.
Las dos contrarias indignadas haces
Ya miden las espadas, ya se cierran
Duras en su tesón y pertinaces.
Con los dientes se muerden, y se aferran

Con las garras, las fieras imitando;
Que toda pïedad de sí destierran.
Haldeando venía y trasudando
El autor de *La Pícara Justina,*
Capellán lego del contrario bando.
Y cual si fuera de una culebrina
Disparó de sus manos su librazo,
Que fué de nuestro campo la ruina.
Al buen Tomás Gracian mancó de un brazo,
A Medinilla derribó una muela,
Y le llevó de un muslo un gran pedazo.
Una despierta nuestra centinela
Gritó: —Todos abajen la cabeza,
Que dispara el contrario otra novela.—
Dos pelearon una larga pieza,
Y el uno al otro con instancia loca
De un envión, con arte y con destreza.
Seis seguidillas le encajó en la boca,
Con que le hizo vomitar el alma,
Que salió libre de su estrecha roca.
De la furia el ardor, del sol la calma
Tenía en duda de una y otra parte
La vencedora y pretendida palma.
Del cuervo en esto el lóbrego estandarte
Cede al del cisne, porque vino al suelo
Pasado el corazón de parte á parte.
Su alférez, que era un andaluz mozuelo,
Trovador repentista, que subía

Con la soberbia más allá del cielo.
Helósele la sangre que tenía,
Murióse cuando vió que muerto estaba,
La turba pertinaz de su porfía.
Puesto que ausente el gran LUPERCIO estaba
Con un solo soneto suyo hizo
Lo que de su grandeza se esperaba.
Descuadernó, desencajó, deshizo
Del opuesto escuadrón catorce hileras,
Dos criollos mató, hirió un mestizo.
De sus sabrosas burlas y sus veras
El magno cordobés, un cartapacio
Disparó, y aterró cuatro banderas.
Daba ya indicios de cansado y lacio
El brío de la bárbara canalla,
Peleando más flojo y más despacio.
Mas renovóse la fatal batalla
Mezclándose los unos con los otros,
Ni vale arnés, ni presta dura malla.
Cinco melífluos sobre cinco potros
Llegaron, y embistieron por un lado,
Y lleváronse cinco de nosotros.
Cada cual como moro ataviado,
Con más letras y cifras que una carta
De príncipe enemigo y recatado,
De romances moriscos una sarta,
Cual si fuera de balas enramadas,
Llega con furia y con malicia harta.

Y á no estar dos escuadras avisadas
De las nuestras del recio tiro y presto,
Era fuerza quedar desbaratadas.
Quiso Apolo indignado echar el resto
De su poder y de su fuerza sola,
Y dar al enemigo fin molesto.
Y una sacra canción, donde acrisola
Su ingenio, gala, estilo y bizarría
BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA,
Cual si fuera un petrarte Apolo envía
Adonde está el tesón más apretado,
Más dura y más furiosa la porfía.
Cuando me paro á contemplar mi estado,
Comienza la canción, que Apolo pone
En el lugar más noble y levantado.
Todo lo mira, todo lo dispone
Con ojos de Argos, manda, quita y veda,
Y del contrario á todo ardid se opone.
Tan mezclados están, que no hay quien pueda
Discernir cuál es malo ó cuál es bueno,
Cuál es GARCILASISTA ó TIMONEDA.
Pero un mancebo de ignorancia ajeno,
Grande escudriñador de toda historia,
Rayo en la pluma y en la voz un trueno,
Llegó tan rica el alma de memoria,
De sana voluntad y entendimiento,
Que fué de Febo y de las musas gloria.
Con esto aceleróse el vencimiento,

Porque supo decir: Este merece
Gloria, pero aquel nó, sino tormento.
  Y como ya con distinción parece
El justo y el injusto combatiente,
El gusto al paso de la pena crece.
  Tú, PEDRO MANTUANO el excelente,
Fuiste quien distinguió de la confusa
Máquina el que es cobarde del valiente.
  JULIAN DE ALMENDARIZ no rehusa,
Puesto que llegó tarde, en dar socorro
Al rubio Delio con su ilustre musa.
  Por las rucias que peino, que me corro
De ver que las comedias endiabladas,
Por divinas se pongan en el corro,
  Y á pesar de las limpias y atildadas
Del cómico mejor de nuestra Hesperia,
Quieren ser conocidas y pagadas.
  Mas no ganaron mucho en esta feria,
Porque es discreto el vulgo de la corte,
Aunque le toca la comun miseria.
  De llano no le déis, dadle de corte,
Estancias Polifemas, al poeta
Que no estuviere por su guia y norte.
  Inimitables sois, y á la discreta
Gala que descubrís en lo escondido,
Toda elegancia puede estar sujeta.
  Con estas municiones, el partido
Nuestro se mejoró de tal manera,

Que el contrario se tuvo por vencido.
 Cayó su presunción soberbia y fiera,
Derrúmbanse del monte abajo cuántos
Presumieron subir por la ladera.
 La voz prolija de sus roncos cantos
El mal suceso con rigor la vuelve
En interrotos y funestos llantos.
 Tal hubo, que cayendo se resuelve
De asirse de una zarza, ó cabrahigo,
Y en llanto, á lo de Ovidio, se disuelve.
 Cuatro se arracimaron á un quejigo
Como enjambre de abejas desmandada
Y le estimaron por el lauro amigo.
 Otra cuadrilla vírgen, por la espada,
Y adúltera de lengua, dió la cura
A sus piés de su vida almidonada.
 BARTOLOMÉ llamado DE SEGURA
El toque casi fué del vencimiento:
Tal es su ingenio, y tal es su cordura.
 Resonó en esto por el vago viento
La voz de la vitoria repetida
Del número escogido en claro acento
 La miserable, la fatal caida
De las musas del limpio tagarete
Fué largos siglos con dolor plañida.
 A la parte del llanto (¡ay me!) se mete
Zapardïel, famoso por su pesca,
Sin que un pequeño instante se quïete.

La voz de la vitoria se refresca.
Vitoria suena aquí, y allí vitoria
Adquirida por nuestra soldadesca
Que canta alegre la alcanzada gloria.

CAPÍTULO VIII

Al caer de la máquina excesiva
Del escuadrón poético arrogante
Que en su no vista muchedumbre estriba,
Un poeta, mancebo y estudiante,
Dijo:—Caí, paciencia; que algún día
Será la nuestra, mi valor mediante.
De nuevo afilaré la espada mía,
Digo mi pluma, y cortaré de suerte
Que dé nueva excelencia á la porfía.
Que ofrece la comedia, si se advierte,
Largo campo al ingenio, donde pueda
Librar su nombre del olvido y muerte.
Fué desto ejemplo JUAN DE TIMONEDA,
Que con sólo imprimir, se hizo eterno,
Las comedias del gran LOPE DE RUEDA.
Cinco vuelcos daré en el propio infierno
Por hacer recitar una que tengo
Nombrada: *El gran Bastardo de Salerno.*
Guarda, Apolo, que baja guarde rengo
El golpe de la mano más gallarda
Que ha visto el tiempo en su discurso luengo.—

En esto el claro son de una bastarda,
Alas pone en los piés de la vencida
Gente del mundo perezosa y tarda.
Con la esperanza del vencer perdida,
No hay quien no atienda con lijero paso,
Si no á la honra, á conservar la vida.
Desde las altas cumbres de Parnaso
De un salto uno se puso en Guadarrama,
Nuevo, no visto y verdadero caso.
Y al mismo paso la parlera fama
Cundió del vencimiento la alta nueva,
Desde el claro Caïstro hasta Jarama.
Lloró la gran vitoria el turbio Esgueva,
Pisuerga la rió, rióla Tajo,
Que en vez de arena granos de oro lleva.
Del cansancio, del polvo y del trabajo
Las rubicundas hebras de Timbreo,
Del color se pararon de oro bajo.
Pero viendo cumplido su deseo,
Al son de la guitarra mercuriesca
Hizo de la gallarda un gran paseo.
Y de Castalia en la corriente fresca
El rostro se lavó, y quedó luciente
Como de acero la segur turquesca.
Pulióse luego, y adornó su frente
De majestad mezclada con dulzura,
Indicios claros del placer que siente.
Las reinas de la humana hermosura

Salieron de do estaban retiradas
Mientras duraba la contienda dura:
Del árbol siempre verde coronadas,
Y en medio la divina Poesía,
Todas de nuevas galas adornadas.
Melpómene, Terpsícore y Talia,
Polimnia, Uranía, Erato, Euterpe y Clío,
Y Caliope, hermosa en demasía.
Muestran ufanas su destreza y brío,
Tejiendo una entricada y nueva danza
Al dulce són de un instrumento mío.
Mío, no dije bien, mentí á la usanza
De aquel que dice propios los ajenos
Versos, que son más dinos de alabanza.
Los anchos prados, y los campos llenos
Están de las escuadras vencedoras
(Que siempre van á más, y nunca á ménos):
Esperando de ver de sus mejoras
El colmo con los premios merecidos
Por el sudor y aprieto de seis horas.
Piensan ser los llamados escogidos,
Todos á premios de grandeza aspiran,
Tiénense en más de lo que son tenidos:
Ni á calidades ni riquezas miran,
A su ingenio se atiene cada uno,
Y si hay cuatro que acierten, mil deliran
Mas Febo, que no quiere que ninguno
Quede quejoso dél, mandó á la Aurora

Que vaya y coja *in tempore oportuno*
  De las faldas floríferas de Flora
Cuatro tabaques de purpúreas rosas,
Y seis de perlas de las que ella llora.
  Y de las nueve por extremo hermosas
Las coronas pidió, y al darlas ellas
En nada se mostraron perezosas.
  Tres, á mi parecer, de las más bellas
A Parténope sé que se enviaron,
Y fué Mercurio el que partió con ellas.
  Tres sugetos las otras coronaron,
Allí en el mesmo monte peregrinos,
Con que su patria y nombre eternizaron.
  Tres cupieron á España, y tres divinos
Poetas se adornaron la cabeza,
De tanta gloria justamente dinos.
  La envidia monstruo de naturaleza
Maldita y carcomida, ardiendo en saña
A murmurar del sacro dón empieza.
  Dijo:—¿Será posible que en España
Haya nueve poetas laureados?
Alta es de Apolo, pero simple hazaña.—
  Los demás de la turba, defraudados
Del esperado premio, repetían
Los himnos de la envidia mal cantados.
  Todos por laureados se tenían
En su imaginación, antes del trance,
Y al cielo quejas de su agravio envían.

Pero ciertos poetas de romance,
Del generoso premio hacer esperan
A despecho de Febo presto alcance.
Otros, aunque latinos, desesperan
De tocar del laurel solo una hoja,
Aunque del caso en la demanda mueran.
Véngase ménos el que más se enoja,
Y alguno se tocó sienes y frente,
Que de estar coronado se le antoja.
Pero todo deseo impertinente
Apolo repartió, premiando á cuantos
Poetas tuvo el escuadrón valiente.
De rosas, de jazmines y amarantos
Flora le presentó cinco cestones,
Y la Aurora de perlas otros tantos.
Estos fuéron, letor dulce, los dones
Que Delio repartió con larga mano
Entre los poetísimos varones.
Quedando alegre cada cual y ufano
Con un puño de perlas y una rosa,
Estimando este premio sobrehumano;
Y porque fuese más maravillosa
La fiesta y regocijo, que se hacía
Por la vitoria insigne y prodigiosa,
La buena, la importante Poesía
Mandó traer la bestia, cuya pata
Abrió la fuente de Castalia fría
Cubierta de finísima escarlata.

Un lacayo la trujo en un instante,
Tascando un freno de bruñida plata.
  Envidiarle pudiera Rocinante
Al gran Pegaso de presencia brava,
Y aun Brilladoro el del señor de Anglante.
  Con no sé cuantas alas adornaba
Manos y piés, indicio manifiesto
Que en lijereza al viento aventajaba.
  Y por mostrar cuán ágil y cuán presto
Era, se alzó del suelo cuatro picas,
Con un denuedo y ademan compuesto.
  Tú, que me escuchas, si el oído aplicas
Al dulce cuento deste gran Viaje,
Cosas nuevas oirás de gusto ricas.
  Era del bel troton todo el herraje
De durísima plata diamantina,
Que no recibe del pisar ultraje.
  De la color que llaman columbina,
De raso en una funda trae la cola,
Que suelta, con el suelo se avecina.
  Del color del carmín ó de amapola
Eran sus clines y su cola gruesa,
Ellas solas al mundo y ella sola.
  Tal vez anda despacio, y tal apriesa,
Vuela tal vez y tal hace corvetas,
Tal quiere relinchar y luego cesa.
  ¡Nueva felicidad de los poetas!
Unos sus excrementos recogían

En dos de cuero grandes barjuletas.
Pregunté para qué lo tal hacían,
Respondióme Cilenio á lo bellaco,
Con no sé qué vislumbres de ironía:
—Esto que se recoge, es el tabaco,
Que á los vaguidos sirve de cabeza
De algun poeta de celebro flaco.
Uranía de tal modo lo adereza,
Que puesto á las narices del doliente,
Cobra salud, y vuelve á su entereza.—
Un poco entonces arrugué la frente,
Ascos haciendo del remedio extraño,
Tan de los ordinarios diferente.
—Recibes, dijo Apolo, amigo, engaño
(Leyóme el pensamiento). Este remedio
De los vaguidos cura y sana el daño.
No come este rocín lo que en asedio
Duro y penoso comen los soldados,
Que están entre la muerte y hambre en medio.
Son deste tal los piensos regalados,
Ambar y almizcle entre algodones puesto,
Y bebe del rocío de los prados.
Tal vez le damos de almidón un cesto,
Tal de algarrobas con que el vientre llena,
Y no se estriñe, ni se va por esto.
—Sea, le respondí, muy norabuena,
Tieso estoy de celebro por ahora,
Vaguido alguno no me causa pena.

La nuestra en esto universal señora,
Digo la Poesía verdadera,
Que con Timbreo y con las musas mora,
En vestido subcinto, á la lijera
El monte discurrió y abrazó á todos,
Hermosa sobre modo, y placentera.
—¡Oh sangre vencedora de los godos!
Dijo: de aquí adelante ser tratada
Con más süaves y discretos modos
Espero ser, y siempre respetada
Del ignorante vulgo, que no alcanza
Que puesto que soy pobre, soy honrada.
Las riquezas os dejo en esperanza,
Pero no en posesión, premio seguro
Que al reino aspira de la inmensa holganza.
Por la belleza deste monte os juro,
Que quisiera al más mínimo entregalle
Un privilegio de cien mil de juro.
Mas no produce minas este valle,
Aguas sí, salutíferas y buenas,
Y monas que de cisnes tienen talle.
Volved á ver, oh amigos, las arenas
Del aurífero Tajo en paz segura,
Y en dulces horas do pesar ajenas.
Que esta inaudita hazaña os asegura
Eterno nombre en tanto que dé Febo
Al mundo aliento, y luz serena y pura.—
¡Oh maravilla nueva, oh caso nuevo,

Digno de admiración que cause espanto,
Cuya extrañeza me admiró de nuevo!
Morfeo, el dios del sueño, por encanto
Allí se apareció, cuya corona
Era de ramos de beleño santo.
Flojísimo de brío y de persona,
De la pereza torpe acompañado,
Que no le deja á vísperas ni á nona,
Traía al Silencio á su derecho lado,
El Descuido al siniestro, y el vestido
Era de blanda lana fabricado.
De las aguas que llaman del olvido,
Traía un gran caldero y de un hisopo
Venía como aposta prevenido.
Asía á los poetas por el hopo,
Y aunque el caso los rostros les volvía
En color encendida de piropo,
El nos bañaba con el agua fría,
Causándonos un sueño de tal suerte,
Que dormimos un día y otro día.
Tal es la fuerza del licor, tan fuerte
Es de las aguas la virtud, que pueden
Competir con los fueros de la muerte.
Hace el ingenio alguna vez que queden
Las verdades sin crédito ninguno,
Por ver que á toda contingencia exceden.
Al despertar del sueño así importuno,
Ni vi monte, ni monta, dios, ni diosa,

Ni de tanto poeta vide alguno.
  Por cierto extraña y nunca vista cosa;
Despabilé la vista, y parecióme
Verme en medio de una ciudad famosa.
  Admiración y grima el caso dióme;
Torné á mirar, porque el temor ó engaño
No de mi buen discurso el paso tome.
  Y díjeme á mi mismo: No me engaño:
Esta ciudad es Nápoles la ilustre,
Que yo pisé sus ruas más de un año:
  De Italia gloria, y aun del mundo lustre,
Pues de cuantas ciudades él encierra
Ninguna puede haber que así le ilustre.
  Apacible en la paz, dura en la guerra,
Madre de la abundancia y la nobleza,
De elíseos campos y agradable sierra.
  Si vaguidos no tengo de cabeza,
Paréceme que está mudada en parte,
De sitio, aunque en aumento de belleza.
  ¿Qué teatro es aquel, donde reparte
Con él cuanto contiene de hermosura,
La gala, la grandeza, industria y arte?
  Sin duda el sueño en mis pálpebras dura,
Porque este es edificio imaginado,
Que excede á toda humana compostura.
  Llegóse en esto á mí disimulado
Un mi amigo, llamado Promontorio,
Mancebo en días, pero gran soldado.

Creció la admiración viendo notorio
Y palpable que en Nápoles estaba,
Espanto á los pasados accesorio.
Mi amigo tiernamente me abrazaba,
Y con tenerme entre sus brazos, dijo,
Que del estar yo allí mucho dudaba,
Llamóme padre, y yo llaméle hijo.
Quedó con esto la verdad en punto,
Que aquí puede llamarse punto fijo.
Díjome Promontorio:—Yo barrunto,
Padre, que algun gran caso á vuestras canas
Las trae tan lejos ya semidifunto.
—En mis horas tan frescas y tempranas
Esta tierra habité, hijo, le dije,
Con fuerzas más brïosas y lozanas.
Pero la voluntad que á todos rige,
Digo, el querer del cielo, me ha traido
A parte que me alegra más que aflige.—
Dijera más, sino que un gran ruido
De pífanos, clarines y tambores
Me azoró el alma, y alegró el oído;
Volví la vista al són, vi los mayores
Aparatos de fiesta que vió Roma
En sus felices tiempos y mejores.
Dijo mi amigo:—Aquel que ves que asoma
Por aquella montaña contrahecha,
Cuyo brío al de Marte oprime y doma,
Es un alto sugeto, que deshecha

Tiene á la envidia en rabia, porque pisa
De la virtud la senda más derecha.
  De gravedad y condición tan lisa,
Que suspende y alegra á un mismo instante,
Y con su aviso al mismo aviso avisa.
  Mas quiero, antes que pases adelante
En ver lo que verás, si estás atento,
Darte del caso relación bastante.
  Será Don Juan de Tásis de mi cuento
Principio, porque sea memorable,
Y lleguen mis palabras á mi intento
  Este varón, en liberal notable,
Que una mediana villa le hace conde,
Siendo rey en sus obras admirable:
  Este, que sus haberes nunca esconde,
Pues siempre los reparte ó los derrama,
Ya sepa dónde, ó ya no sepa adónde:
  Este, á quien tiene tan en fil la fama,
Puesta la alteza de su nombre claro,
Que liberal y pródiga se llama,
  Quiso pródigo aquí y allí no avaro,
Primer mantenedor ser de un torneo,
Que á fiestas sobrehumanas le comparo.
  Responden sus grandezas al deseo
Que tiene de mostrarse alegre, viendo
De España y Francia el regio himeneo.
  Y este que escuchas, duro, alegre estruendo,
Es señal que el torneo se comienza,

Que admira por lo rico y estupendo.
  Arquímedes el grande, se avergüenza
De ver que este teatro milagroso
Su ingenio apoque y á sus trazas venza.
  Digo, pues, que el mancebo generoso,
Que allí desciende de encarnado y plata,
Sobre todo mortal curso brioso,
  Es el CONDE DE LEMOS, que dilata
Su fama con sus obras por el mundo,
Y que lleguen al cielo en tierra trata:
  Y aunque sale el primero, es el segundo
Mantenedor, y en buena cortesía
Esta ventaja califico y fundo.
  El DUQUE DE NOCERA, luz y guía
Del arte militar, es el tercero
Mantenedor deste festivo día.
  El cuarto, que pudiera ser primero,
ES DE SANTELMO el fuerte CASTELLANO,
Que al mesmo Marte en el valor prefiero.
  El quinto es otro Enéas el troyano,
ARROCIOLO que gana en ser valiente
Al que fué verdadero, por la mano.—
  El gran concurso y número de gente
Estorbó que adelante prosiguiese
La comenzada relación prudente.
  Por esto le pedí que me pusiese
Adonde sin ningún impedimento
El gran progreso de las fiestas viese.

Porque luego me vino al pensamiento
De ponerlas en verso numeroso,
Favorecido del febeo aliento.
Hízolo así y yo ví lo que no oso
Pensar, que no decir, que aquí se acorta
La lengua y el ingenio más curioso.
Que se pase en silencio es lo que importa
Y que la admiración supla esta falta,
El mesmo grandïoso caso exhorta.
Puesto que después supe que con alta
Magnífica elegancia milagrosa,
Donde ni sobra punto ni le falta,
El curioso Don Juan de Oquina, en prosa
La puso, y dió á la estampa para gloria
De nuestra edad, por esto venturosa.
Ni en fabulosa ó verdadera historia
Se halla que otras fiestas hayan sido,
Ni pueden ser más dignas de memoria.
Desde allí, y no sé cómo, fuí traido
Adonde ví al gran Duque de Pastrana
Mil parabienes dar de bien venido;
Y que la fama en la verdad ufana
Contaba que agradó con su presencia,
Y con su cortesía sobrehumana:
Que fué nuevo Alejandro en la excelencia
Del dar, que satisfizo á todo cuanto
Puede mostrar real magnificencia;
Colmo de admiración, lleno de espanto,

Entré en Madrid en traje de romero,
Que es granjería el parecer del santo.
Y desde lejos me quitó el sombrero
El famoso ACEVEDO, y dijo:—*A Dio,*
Voi siate il ben venuto, cavaliero;
So parlar zenoese, e tusco anch'io.—
Y respondí:—*La vostra signoria*
Sia la ben trovata, padron mio.—
Topé á LUIS VELEZ, lustre y alegría
Y discreción del trato cortesano,
Y abracéle en la calle á mediodía.
El pecho, el alma, el corazón, la mano
Dí á PEDRO DE MORALES, y un abrazo,
Y alegre recibí á JUSTINIANO.
Al volver de una esquina sentí un brazo
Que el cuello me ceñía, miré cuyo,
Y más que gusto me causó embarazo,
Por ser uno de aquellos (no rehuyo
Decirlo) que al contrario se pasaron,
Llevados del cobarde intento suyo.
Otros dos al del Layo se llegaron,
Y con la risa falsa del conejo,
Y con muchas zalemas me hablaron.
Yo socarrón, yo poetón ya viejo,
Volvíles á lo tierno las saludes,
Sin mostrar mal talante ó sobrecejo.
No dudes, ¡oh letor caro!, no dudes,
Sino que suele el disimulo á veces

Servir de aumento á las demás virtudes.
  Dínoslo tú, David, que aunque pareces
Loco en poder de Aquís, de tu cordura
Fingiendo el loco, la grandeza ofreces.
  Dejelos esperando coyuntura
Y ocasión más secreta para dalles
Vejámen de su miedo, ó su locura.
  Si encontraba poetas por las calles,
Me ponía á pensar, si eran de aquellos
Huidos, y pasaba sin hablalles.
  Poníanseme yertos los cabellos
De temor no encontrase algún poeta,
De tantos que no pude concellos,
  Que con puñal buïdo, ó con secreta
Almarada me hiciese un agujero
Que fuese al corazón por vía reta.
  Aunque no es este el premio que yo espero
De la fama, que á tantos he adquirido
Con alma grata y corazón sincero.
  Un cierto mancebito cuellierguido,
En profesión poeta, y en el traje
A mil leguas por godo conocido,
  Lleno de presunción y de coraje
Me dijo:—Bien sé yo, señor Cervantes,
Que puedo ser poeta, aunque soy paje.
  Cargastes de poetas ignorantes,
Y dejástesme á mí, que ver deseo
Del Parnaso las fuentes elegantes.

Que caducais sin duda alguna creo:
Creo, no digo bien: mejor diría
Que toco esta verdad, y que la veo.—
Otro, que al parecer, de argentería,
De nácar, de cristal, de perlas y oro
Sus infinitos versos componía,
Me dijo bravo, cual corrido toro:
—No sé yo para qué nadie me puso
En lista con tan bárbaro decoro.
—Así el discreto Apolo lo dispuso.
A los dos respondí, y en este hecho
De ignorancia ó malicia no me acuso.—
Fuíme con esto, y lleno de despecho
Busqué mi antigua y lóbrega posada,
Y arrojéme molido sobre el lecho;
Que cansa cuando es larga una jornada.

ADJUNTA AL PARNASO

Algunos días estuve reparándome de tan largo viaje, al cabo de los cuales salí á ver y á ser visto, y á recibir parabienes de mis amigos, y malas vistas de mis enemigos; que puesto que pienso que no tengo ninguno, todavía no me aseguro de la comun suerte. Sucedió pues, que saliendo una mañana del monesterio de Atocha, se llegó á mí un mancebo al parecer de veinte y cuatro años, poco mas ó menos, todo limpio, todo aseado y todo crujiendo gorgoranes, pero con un cuello tan grande y tan almidonado, que creí que para llevarle fueran menester los hombros de un Atlante. Hijos deste cuello eran dos puños chatos, que comenzando de las muñecas, subían y trepaban por las canillas del brazo arriba, que parecía que iban á dar asalto á las barbas. No he visto yo hiedra tan codiciosa de subir desde el pié de la muralla donde se arrima, hasta las almenas, como el ahinco que llevaban estos puños á ir á darse de puñadas con los co-

dos. Finalmente, la exorbitancia del cuello y puños era tal, que en el cuello se escondía y sepultaba el rostro, y en los puños los brazos.

Digo pues que el tal mancebo se llegó á mí, y con voz grave y reposada me dijo:

—¿Es por ventura vuestra merced el señor Miguel de Cervantes Saavedra, el que há pocos días que vino del Parnaso?

A esta pregunta creo sin duda que perdí la color del rostro, porque en un instante imaginé y dije entre mí:

—¿Si es este alguno de los poetas que puse, ó dejé de poner en mi *Viaje*, y viene ahora á darme el pago que él se imagina se me debe?

Pero sacando fuerzas de flaqueza, le respondí:

—Yo, señor, soy el mesmo que vuestra merced dice: ¿qué es lo que se me manda?

Él luego en oyendo esto, abrió los brazos, y me los echó al cuello, y sin duda me besara en la frente, si la grandeza del cuello no lo impidiera, y díjome:

—Vuestra merced, señor Cervantes, me tenga por su servidor y por su amigo, porque há muchos días que le soy muy aficionado, así por sus obras como por la fama de su apacible condición.

Oyendo lo cual respiré, y los espíritus que

andaban alborotados, se sosegaron; y abrazándole yo también con recato de no ajarle el cuello, le dije:

—Yo no conozco á vuestra merced si no es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce que vuestra merced es muy discreto y muy principal: calidades que obligan á tener en veneración á la persona que las tiene.

Con estas pasamos otras corteses razones, y anduvieron por alto los ofrecimientos, y de lance en lance, me dijo:

—Vuestra merced sabrá, señor Cervantes, que yo por la gracia de Apolo soy poeta, ó á lo ménos deseo serlo, y mi nombre es Pancracio de Roncesvalles.

Miguel. —Nunca tal creyera, si vuestra merced no me lo hubiera dicho por su mesma boca.

Pancracio. —¿Pues por qué no lo creyera vuestra merced?

Mig. —Porque los poetas por maravilla andan tan atildados como vuestra merced, y es la causa, que como son de ingenio tan altaneros y remontados, antes atienden á las cosas del espíritu, que á las del cuerpo.

—Yo, señor, dijo él, soy mozo, soy rico y soy enamorado: partes que deshacen en mí la flojedad que infunde la poesía. Por la mocedad tengo brío; con la riqueza, con que mostrarle;

y con el amor, con que no parecer descuidado.

—Las tres partes del camino, le dije yo, se tiene vuestra merced andadas para llegar á ser buen poeta.

Panc. —¿Cuáles son?

Mig. —La de la riqueza y la del amor. Porque los partos de los ingenios de la persona rica y enamorada son asombros de la avaricia, y estímulos de la liberalidad, y en el poeta pobre la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dígame vuestra merced, por su vida: ¿de qué suerte de menestra poética gasta ó gusta más?

A lo que respondió:

—No entiendo eso de menestra poética.

Mig. —Quiero decir, que á qué género de poesía es vuestra merced más inclinado, al lírico, al heróico, ó al cómico.

—A todos estilos me amaño, respondió él; pero en el que más me ocupo es en el cómico.

Mig. —Desa manera habrá vuestra merced compuesto algunas comedias.

Panc. —Muchas, pero sólo una se ha representado.

Mig. —¿Pareció bien?

Panc. —Al vulgo no.

Mig. —Y á los discretos?

Panc. —Tampoco.

Mig. —¿La causa?

Panc. —La causa fué, que la achacaron que era larga en los razonamientos, no muy pura en los versos, y desmayada en la invención.

—Tachas son estas, respondí yo, que pudieran hacer parecer malas las del mesmo Plauto.

—Y más, dijo él, que no pudieron juzgalla, porque no la dejaron acabar según la gritaron. Con todo esto, la echó el autor para otro día; pero porfiar que porfiar: cinco personas vinieron apénas.

—Créame vuestra merced, dije yo, que las comedias tienen días, como algunas mujeres hermosas; y que esto de acertarlas bien, va tanto en la ventura, como en el ingenio: comedia he visto yo apedreada en Madrid, que la han laureado en Toledo: y no por esta primer desgracia deje vuestra merced de proseguir en componerlas; que podrá ser que cuando menos lo piense, acierte con alguna que le dé crédito y dineros.

—De los dineros no hago caso, respondió él; más preciaría la fama, que cuanto hay; porque es cosa de grandísimo gusto, y de no menos importancia ver salir mucha gente de la comedia, todos contentos, y estar el poeta que la compu-

so á la puerta del teatro, recebiendo parabienes de todos.

—Sus descuentos tienen esas alegrías, le dije yo, que tal vez suele ser la comedia tan pésima, que no hay quien alce los ojos á mirar al poeta, ni aun él para cuatro calles del coliseo, ni aun los alzan los que la recitaron, avergonzados y corridos de haberse engañado y escogídola por buena.

—Y vuestra merced, señor Cervántes, dijo él, ¿ha sido aficionado á la carátula? ¿ha compuesto alguna comedia?

—Sí, dije yo: muchas; y á no ser mías, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron: *Los Tratos de Argel, La Numancia, La gran Turquesca, La Batalla Naval, La Jerusalén, La Amaranta ó La del Mayo, el Bosque amoroso, La Única y la Bizarra Arsinda*, y otras muchas de que no me acuerdo; mas la que yo más estimo, y de la que más me precio, fué y es, de una llamada *La Confusa*, la cual, con paz sea dicho de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores.

Panc. —¿Y agora tiene vuestra merced algunas?

Mig. —Seis tengo, con otros seis entremeses.

Panc. —¿Pues por qué no se representan?

Mig. —Porque ni los autores me buscan, ni yo les voy á buscar á ellos.

Panc. —No deben de saber que vuestra merced las tiene.

Mig. —Sí saben, pero como tienen sus poetas paniaguados, y les va bien con ellos, no buscan pan de trastrigo; pero yo pienso darlas á la estampa, para que se vea despacio lo que pasa apriesa, y se disimula ó no se entiende cuando las representan y las comedias tienen sus sazones y tiempos, como los cantares.

Aquí llegábamos con nuestra plática, cuando Pancracio puso la mano en el seno, y sacó dél una carta con su cubierta, y besándola, me la puso en la mano: leí el sobrescrito, y ví que decía desta manera:

«A Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle «de las Huertas, frontero de las casas donde so«lía vivir el príncipe de Marruecos, en Madrid.» Al porte: medio real, digo diez y siete maravedís.

Escandalizóme el porte, y de la declaración del medio real, digo diez y siete. Y volviéndosela le dije:

—Estando yo en Valladolid llevaron una carta á mi casa para mí, con un real de porte, recebióla y pagó el porte una sobrina mía, que nunca ella le pagara; pero diôme por disculpa,

que muchas veces me había oido decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico, y en el porte de las cartas, ora sean de amigos, ó de enemigos, que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algún indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal del *Don Quijote;* y de lo que me pesó fué del real, y propuse desde entónces de no tomar carta con porte, así que, si vuestra merced le quiere llevar désta, bien se la puede volver, que yo sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide.

Rióse muy de gana el señor Roncesvalles, y díjome:

—Aunque soy poeta, no soy tan mísero que me aficionen diez y siete maravedís. Advierta vuestra merced, señor Cervantes, que esta carta por lo ménos es del mesmo Apolo, él la escribió no há veinte días en el Parnaso, y me la dió para que á vuestra merced la diese, vuestra merced la lea, que yo sé que le ha de dar gusto.

—Hare lo que vuestra merced me manda, respondí yo; pero quiero que antes de leerla, vuestra merced me le haga de decirme, cómo, cuándo, y á qué fué al Parnaso.

Y él respondió:

—Cómo fuí, fué por mar, y en una fragata que yo y otros diez poetas fletamos en Barcelona; cuándo fuí, fué seis días despues de la batalla que se dió entre los buenos y los malos poetas; á qué fuí, fué á hallarme en ella, por obligarme á ello la profesión mía.

—A buen seguro, dije yo, que fueron vuestras mercedes bien recebidos del señor Apolo.

Panc. —Sí fuimos, aunque le hallamos muy ocupado á él, y á las señoras Piérides, arando y sembrando de sal todo aquel término del campo donde se dió la batalla.

Preguntéle para qué se hacia aquello, y respondióme, que así como de los dientes de la serpiente de Cadmo habían nacido hombres armados, y de cada cabeza cortada de la hidra que mató Hércules habían renacido otras siete, y de las gotas de la sangre de la cabeza de Medusa se había llenado de serpientes toda la Libia; de la mesma manera de la sangre podrida de los malos poetas que en aquel sitio habían sido muertos, comenzaban á nacer del tamaño de ratones otros poetillas rateros, que llevaban camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente, y que por esto se araba aquel lugar, y se sembraba de sal, como si fuera casa de traidores. En oyendo esto, abrí luego la carta, y vi que decía:

APOLO DÉLFICO

Á MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

SALUD.

«El señor Pancracio de Roncesvalles, llevador désta, dirá á vuestra merced, señor Miguel de Cervántes, en qué me halló ocupado el día que llegó á verme con sus amigos. Y yo digo, que estoy muy quejoso de la descortesía que conmigo se usó en partirse vuestra merced deste monte sin despedirse de mí, ni de mis hijas, sabiendo cuánto le soy aficionado, y las Musas por el consiguiente; pero si se me da por disculpa que le llevó el deseo de ver á su Mecenas el gran conde de Lemos, en las fiestas famosas de Nápoles, yo la acepto, y le perdono.

»Después que vuestra merced partió deste lugar, me han sucedido muchas desgracias, y me he visto en grandes aprietos, especialmente por consumir y acabar los poetas que iban naciendo de la sangre de los malos que aquí murieron, aunque ya, gracias al cielo y á mi industria, este daño está remediado.

»No sé si del ruido de la batalla, ó del vapor que arrojó de sí la tierra, empapada en la sangre de los contrarios, me han dado unos vagui-

dos de cabeza, que verdaderamente me tienen como tonto, y no acierto á escribir cosa que sea de gusto ni de provecho: así, si vuestra merced viere por allá que algunos poetas, aunque sean de los más famosos, escriben y componen impertinencias y cosas de poco fruto, no los culpe, ni los tenga en ménos, sino que disimule con ellos: que pues yo que soy el padre y el inventor de la poesía, deliro y parezco mentecato, no es mucho que lo parezcan ellos.

»Envío á vuestra merced unos privilegios, ordenanzas y advertimientos, tocantes á los poetas: vuestra merced los haga guardar y cumplir al pié de la letra, que para todo ello doy á vuestra merced mi poder cumplido cuando de derecho se requiere.

»Entre los poetas que aquí vinieron con el señor Pancracio de Roncesvalles, se quejaron algunos de que no iban en la lista de los que Mercurio llevó á España, y que así vuestra merced no los había puesto en su *Viaje*. Yo les dije, que la culpa era mía, y no de vuestra merced; pero que el remedio deste daño estaba en que procurasen ellos ser famosos por sus obras, que ellas por sí mismas les darían fama y claro renombre, sin andar mendigando ajenas alabanzas.

»De mano en mano, si se ofreciere ocasión de mensajero, iré enviando mas privilegios, y avi

sando de lo que en este monte pasare. Vuestra merced haga lo mesmo, avisándome de su salud y de la de todos los amigos.

»Al famoso Vicente Espinel dará vuestra merced mis encomiendas, como á uno de los mas antiguos y verdaderos amigos que yo tengo.

»Si D. Francisco de Quevedo no hubiere partido para venir á Sicilia, donde le esperan, tóquele vuestra merced la mano, y dígale que no deje de llegar á verme, pues estaremos tan cerca; que cuando aquí vino, por la súbita partida no tuve lugar de hablarle.

»Si vuestra merced encontrare por allá algun tránsfuga de los veinte que se pasaron al bando contrario, no les diga nada, ni los aflija, que harta mala ventura tienen, pues son como demonios, que se llevan la pena y la confusión con ellos mesmos do quiera que vayan.

»Vuestra merced tenga cuenta con su salud, y mire por sí, y guárdese de mí, especialmente en los caniculares, que aunque le soy amigo, en tales días no va en mi mano, ni miro en obligaciones, ni en amistades.

»Al señor Pancracio de Roncesvalles téngale vuestra merced por amigo, y comuníquelo: y pues es rico, no se le dé nada que sea mal poeta. Y con esto nuestro Señor guarde á vuestra merced como puede y yo deseo. Del Parnaso á

22 de julio, el día que me calzo las espuelas para subirme sobre la Canícula, 1614.

»Servidor de vuestra merced,

»Apolo Lucido.»

En acabando la carta, ví que en un papel aparte venía escrito:

PRIVILEGIOS, ORDENANZAS Y ADVERTENCIAS, QUE APOLO ENVÍA Á LOS POETAS ESPAÑOLES.

«Es el primero, que algunos poetas sean conocidos tanto por el desaliño de sus personas, como por la fama de sus versos.»

«Item, que si algun poeta dijere que es pobre, sea luego creído por su simple palabra, sin otro juramento ó averiguación alguna.»

«Ordénase, que todo poeta sea de blanda y de suave condición, y que no mire en puntos, aunque los traiga sueltos en sus medias.»

«Item, que si algun poeta llegare á casa de algun su amigo ó conocido, y estuviere comiendo y le convidare, que aunque él jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hará muy grande.»

«Item, que el mas pobre poeta del mundo,

como no sea de los Adanes y Matusalenes, pueda decir que es enamorado, aunque no lo esté, y poner el nombre á su dama como mas le viniere á cuento, ora llamándola Amarili, ora Anarda, ora Clori, ora Fílis, ora Fílida, ó ya Juana Tellez, ó como más gustare, sin que desto se le pueda pedir ni pida razón alguna.»

«Item, se ordena que todo poeta, de cualquier calidad y condición que sea, sea tenido y le tengan por hijodalgo, en razón del generoso ejercicio en que se ocupa, como son tenidos por cristianos viejos los niños que llaman de la piedra.»

«Item, se advierte que ningun poeta sea osado de escribir versos en alabanzas de príncipes y señores, por ser mi intención y advertida voluntad, que la lisonja ni la adulación no atraviesen los umbrales de mi casa.»

«Item, que todo poeta cómico, que felizmente hubiere sacado á luz tres comedias, pueda entrar sin pagar en los teatros, si ya no fuere la limosna de la segunda puerta, y áun esta si pudiese ser, la excuse.»

«Item, se advierte que si algun poeta quisiere dar á la estampa algun libro que él hubiere compuesto, no se dé á entender que por dirigirle á algun monarca, el tal libro ha de ser estimado, porque si él no es bueno, no le adobará

la dirección, aunque sea hecha al prior de Guadalupe.»

«Item, se advierte que todo poeta no se desprecie de decir que lo es; que si fuere bueno, será digno de alabanza; y si malo, no faltará quien lo alabe; que cuando nace la escoba, etc.»

«Item, que todo buen poeta pueda disponer de mí y de lo que hay en el cielo á su beneplácito: conviene á saber, que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar y aplicar á los cabellos de su dama, y hacer dos soles sus ojos, que conmigo serán tres, y así andará el mundo más alumbrado; y de las estrellas, signos y planetas puede servirse de modo, que cuando ménos lo piense, la tenga hecha una esfera celeste.»

«Item, que todo poeta á quien sus versos le hubieren dado á entender que lo es, se estime y tenga en mucho, ateniéndose á aquel refran: Ruin sea el que por ruin se tiene.»

«Item, se ordena que ningun poeta grave haga corrillo en lugares públicos, recitando sus versos; que los que son buenos, en las aulas de Atenas se habían de recitar, que no en las plazas.»

«Item, se da aviso particular que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos, traviesos y llorones, los pueda amenazar y espantar con el coco, diciéndoles: Guardáos, niños, que viene

el poeta fulano, que os echará con sus malos versos en la sima de Cabra, ó en el pozo Airon.»

«Item, que los días de ayuno no se entienda que los ha quebrantado el poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer de sus versos.»

«Item, se ordena que todo poeta que diere en ser espadachín, valentón y arrojado, por aquella parte de la valentía se le desagüe y vaya la fama que podía alcanzar por sus buenos versos.»

«Item, se advierte que no ha de ser tenido por ladrón el poeta que hurtare algun verso ajeno y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera, que en tal caso tan ladrón es como Caco.»

«Item, que todo buen poeta, aunque no haya compuesto poema heroico, ni sacado al teatro del mundo obras grandes, con cualesquiera, aunque sean pocas, pueda alcanzar renombre de divino, como le alcanzaron Garcilaso de la Vega, Francisco de Figueroa el capitan Francisco de Aldana y Hernando de Herrera.»

«Item se da aviso que si algun poeta fuere favorecido de algun príncipe, ni le visite á menudo, ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura; que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y

los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar á un poeta, por sabandija que sea.»

En suma, estos fueron los privilegios, advertencias y ordenanzas que Apolo me envió, y el señor Pancracio de Roncesvalles me trujo, con quien quedé en mucha amistad, y los dos quedamos de concierto de despachar un propio con la respuesta al señor Apolo, con las nuevas desta corte. Daráse noticia del día, para que todos sus aficionados le escriban.

FIN DEL VIAJE AL PARNASO



Imp "La Campana y La Esquella, Olmo, 8, Bar